



La mirada de Juana hirió el corazón del Cardenal....

EL COLLAR
DE LA REYNA.

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO III.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

B. 21. 415

**Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.**

El Collar de la Reyna.

MAESE FINGRET.

Todo esto era lo que llamaba la atención y ocupaba por consiguiente la imaginación de las personas de mediana fortuna en los almacenes de maese Fingret, situados en la plaza Real.

Los muebles que no eran nuevos se conocían á primera vista: pero todos reunidos aparentaban un valor y representaban un conjunto mas considerable que hubieran de-

seado los mercaderes mas exigentes.

Mad. de la Motte al contemplar estas riquezas conoció lo que necesitaba su casa de la calle de San Claudio.

Le faltaba una sala que pudiera contener sofá, sillones y butacas.

Un comedor que tuviera sus alacenas, armarios para la vajilla, y aparadores.

Una pieza de tocador con sus cortinas de telas, persianas, cogines, y pantallas de chimenea.

Y en fin, lo que necesitaba sobre todo, si hubiese sala, comedor y tocador, era dinero para amueblar estas habitaciones.

Pero con los tapiceros de París no ha sido difícil en ninguna época hacer fáciles transacciones, y no ha habido ejemplo todavía de que una muger jóven y bonita haya llamado á una puerta sin que se haya abierto.

Lo que no se compra en París se alquila.

Mad. de la Motte, esperando alquilar otra habitacion y despues de tomar sus medidas, divisó una silleria de seda amarilla con botones de oro, que la agradó á primera vista, pues iba muy bien con su color moreno.

Pero esta sillería no era posible que cupiese en el piso cuarto de la casa de la calle de San Claudio.

Para que esto pudiera verificarse era necesario alquilar un piso tercero, que constase de una antesala, un comedor, una sala y una alcoba, y asi se podrian recibir en él las limosnas de los Cardenales, y destinar el cuarto piso á la de los establecimientos de caridad.

La condesa, despues de haber tomado su resolucion, miró hácia la parte que estaba algo mas oscura del almacén, es decir, donde

se hallaban los cristales de todos colores, los adornos y los espejos.

Allí vió con el sombrero en la mano, cierto aire de impaciencia y con una sonrisa un tanto chocarrera, á un hombre que se ocupaba en dar vueltas á una llave entre los índices de la mano, unidos uno á otro por sus estremidades.

Este hombre era Mr. Fingret, á quien sus dependientes habian anunciado la visita de una señora venida en carruaje.

Se veia al mismo tiempo á estos mismos dependientes trabajando en el patio, vestidos con unas casacas cortas y estrechas de paño burdo y de camelote, y con las pantorrillas ceñidas por unas medias rotas. Se hallaban ocupados en restaurar, con los muebles mas viejos, otros que no lo estaban tanto, ó por mejor decir, en sacar la crin y la pluma de los sofás, sillas y cogines viejos, para rellenar otros

mejores.

Uno cardaba la crin, la mezclaba con estopa, y rellenaba un mueble.

Otro encolaba los mejores sillones.

Otro lavaba las telas con jabones aromáticos.

De estos viejos ingredientes se componian los muebles tan elegantes que Mad. de la Motte admiraba en este momento.

Mr. Fingret, temiendo que su parroquiana pudiera ver las operaciones de los dependientes, y comprendiendo que esto no podia convenir á sus intereses, cerró una puerta vidriera que daba al patio.

— Por evitar que incomode el polvo á la señora de... dijo, y se calló.

Estas palabras eran una especie de pregunta para saber el nombre de la señora.

— La condesa de la Motte Valois,

contestó Juana con la mayor calma.

Al oír este título Mr. Fingret separó sus dedos, se metió las llaves en el bolsillo y se acercó á la condesa.

— ¡Oh! dijo, no hay nada aquí que convenga á la señora. Tengo, sin embargo, cosas nuevas, elegantes y magníficas; pero es preciso que la señora condesa no se vaya á figurar que porque está en la plaza Real la casa de Fingret no tiene muebles tan lujosos como el tapicero del Rey. Dejad esto, y si gustais podemos pasar á otro almacén.

Juana se ruborizó.

Todo lo que estaba viendo le parecia demasiado bueno; tan bueno, que no tenia esperanzas de poderlo comprar.

Lisonjeada sin duda ninguna de verse tan favorablemente juzgada por Mr. Fingret, temia, sin embar-

go, que este la juzgase demasiado rica.

Maldijo su orgullo y sintió no haberse anunciado antes como una simple particular.

Pero las personas de ingenio saben sacar partido aun de los peores lances.

—No quiero ningun mueble nuevo, caballero, dijo la condesa.

—Sin duda tendrá la señora que amueblar alguna habitacion de amigo.

—Exactamente, caballero, es la habitacion de un amigo. Ya comprendéis que para esto...

—A las mil maravillas! Elegid, pues, lo que gustéis, señora, repuso Fingret con toda la astusia de un comerciante de París, el cual siempre trata de vender lo viejo en vez de lo nuevo, si gana lo mismo en lo uno que en lo otro.

—No me disgusta esta sillería con botones de oro, dijo la condesa.

— ¡Oh! eso es muy poco, señora, solo consta de diez piezas.

— El cuarto es pequeño, replicó la condesa.

— En cuanto á lo demas la silla es nueva, como lo estais viendo.

— Sí... para ser de lance...

— Sin duda, dijo Mr. Fingret riéndose; pero en fin tal como la veis vale 800 libras.

Estas palabras hicieron estremecer á la condesa. ¡Cómo habia de confesar una heredera de los Valois que no podia comprar un mueble de lance que costaba 800 libras!

Asi, pues, contestó con mal humor:

— No os he hablado de una compra, caballero; no sé cómo suponéis que fuese á tomar estas antigüedades. Solo trato de alquilarlos, y aun asi...

Fingret hizo un gesto, de disgusto, pues conoció que con aquella parroquiana no ganaria mucho.

No se trataba de vender un mueble nuevo ni otro usado, sino de alquilarlo.

—¿Conque deseais esta silleria con botones de oro, dijo, y por un año tal vez?

—No, por un mes. Tengo que amueblar una habitacion para un provinciano.

—Pues os costará cien libras al mes, dijo Fingret.

—Sin duda os chanceais, caballero, porque á ese paso al cabo de ocho meses habria pagado el mueble.

—Teneis razon, señora condesa.

—Pues bien, entonces...

—Entonces, señora, quiere decir que si fuese vuestro no seria mio, y por lo tanto no tendria que ocuparme del trabajo de hacerlo arreglar y limpiar, lo cual me cuesta el dinero.

Mad. de la Motte reflexionó.

—Cien libras al mes, dijo para

si, es mucho; ya bajará. Llevar ese dinero por el alquiler de un mes es demasiado, pues en este tiempo se puede mandar hacer uno nuevo. Yo pensaba gastar de 500 á 600 libras pues bien, haré las cosas en grande, me gastaré 100 escudos.

—Bueno, dijo en alta voz; me quedo con esta sillería con sus correspondientes cortinas.

—Está bien, señora.

—¿Y los tapiées?

—Aquí están.

—¿Y qué me dareis para otra habitación?

—Estas banquetas verdes, este armario, esta mesa con sus pies torneados y estas cortinas de damaseo verde.

—Bien: ¿y para la alcoba?

—Una cama bonita y espaciosa, una buena mesa de noche, cortinas azules, y adornos góticos para la chimenea, con ricos dorados.

—¿Y para el tocador?

—Una cómoda con embutidos de-
licados, un armario, un sofá de ta-
picería con sus sillas correspondien-
tes, y una chimenea por el estilo
de la que tenia Mad. de Pompadour
en Choisy.

—¿Y cuánto me costará todo eso?

—¿Por un mes?

—Sí.

—Cuatrocientas libras.

—Vamos, Mr. de Fingret, no
me tomeis por una griseta. No es
tan fácil ofuscar á las personas de
mi clase. ¿No pensais que 400 li-
bras al mes hacen 4800 al año, y que
por este precio se podria amueblar
un palacio?

Maese Fingret se rascó la oreja.

—Vais á hacer que salga disgusta-
da de la plaza Real, continuó la
condesa.

—Lo cual me desesperaria, se-
ñora.

—No doy mas que 100 escudos por
todo este ajuar.

Juana pronunció estas palabras con un tono tal de autoridad, que Mr. de Fingret dijo despues de un rato de reflexion:

—Corriente, señora.

—Pero bajo una condicion, Mr. Fingret.

—¿Y cuál?

—Que todo ha de quedar colocado y perfectamente arreglado, en la habitacion que yo os diga, desde esta hora hasta las tres de la tarde.

—Señora, os advierto que son las diez.

—¿Sí ó no?

—¿Dónde hay que llevarlos, señora?

—A la calle de San Claudio, en el Marais.

—¿Cerca de aqui?

—Justamente.

El tapicero abrió la puerta del patio y gritó: ¡Silvain, Landry! Estos acudieron al instante muy contentos por tener un pretesto para

interrumpir su trabajo y ver la señora que habia venido al almacén.

— ¡Las parihuelas, señoras, los carros!

— Remy, vos os encargais de conducir la sillería de botones dorados; Silvain, vos de los muebles de la antesala; y vos Landry, de los de la alcoba.

— Hagamos la cuenta, señora, y si quereis firmaré el recibo.

— Aquí teneis trece luises, dijo la condesa, dedme la vuelta.

— Tomad dos escudos de seis libras cada uno, señora.

— De lós cuales daré uno á vuestros dependientes si cumplen bien con su trabajo, contestó la condesa.

Y así que dió las señas de su casa subió á su carruaje.

Una hora despues alquiló la habitacion del tercer piso, y á las dos horas las antesala, la sala y la

alcoba estaban ya amuebladas.

Landry, Remy y Silvain recibieron, según se les había prometido, el escudo de seis libras.

La habitación estaba enteramente transformada con los cristales limpios y las chimeneas encendidas. Juana pasó á su tocador, saboreando en él por espacio de dos horas el placer de hallarse en una habitación tan agradable, tanto por sus ricos tapices y por la templada atmósfera que en ella reynaba, como por el perfume que emanaban algunos ramos de alhelies que bañaban sus tallos en ricos vasos del Japon.

No había olvidado maese Fingret los candelabros dorados para las bugías, y á cada lado de los espejos veíanse dos de ellos con arandelas de cristal tallado.

Juana no perdonó el fuego, las flores, las bugías ni las rosas perumadas para embellecer el paraíso que destinaba á su Escelencia.

Tambien cuidó de que la puerta de la alcoba estuviese entreabierta con cierta, coqueteria y dejase ver un resplandor suave y rojizo, á cuyos reflejos brillaban los dorados pies de los sillones y los morillos de la chimenea de Mad. de Pompadour, que representaban cabezas de Quimeras, y sobre los cuales habrian descansado los encantadores pies de la marquesa.

La coqueteria de Juana no se habia limitado á esto. Si el fuego revelaba el interior de la alcoba misteriosa, si los perfumes hacian recordar á la muger, en esta brillaban una belleza, un ingenio y una elegancia dignas de una Emí-nencia.

Juana empleó en su tocador una minuciosidad tal, que si no estuviera ausente Mr. de la Motte, le hubiera pedido cuenta de ella.

Su tocado no desmerecia en nada de la habitacion y del mue-

blaje que habia alquilado á Mr. Fingret.

Despues de haber tomado un pequeño refrigerio, con objeto de conservar toda su presencia de ánimo y su elegante palidez, Juana se sentó con cierto abandono en un sillón que estaba al lado de la chimenea en la alcoba.

Cogió un libro, colocó sobre un taburete sus lindos pies, calzados con unas preciosas chinelas, escuchando el acompasado sonido de la péndola del reloj, y el lejano rumor de los carruajes que turbaban de vez en cuando la tranquilidad del desierto del Marais.

Dieron las nueve, las diez y las once de la noche, y nadie se presentó.

— ¡Las once! Esta es la hora de los prelados galantes que han aguzado su caridad en una cena del arrabal, y que no teniendo que andar mas que veinte calles para en-

trar en la de San Claudio, se aplauden de ser humanos, filántropos y religiosos á tan poca costa.

Dieron las doce lúgubremente en el reloj del convento de las *Hijas del Calvario*.

Pero no parecia prelado ni carruaje alguno.

Las bujías comenzaron á apagarse. El fuego se transformó, primero en ascuas y despues en cenizas. Tanto en la alcoba como en la sala reynaba una atmósfera cálida y pesada.

La criada, que se habia preparado tambien para recibir al Cardenal, gruñia y renegaba de su cofia adornada con profusion de cintas, las cuales, cuando inclinaba la cabeza á impulsos del sueño sobre la bugia, sufrían alguna vez que otra los ataques de la llama ó los ultrajes de la cera líquida.

A las doce y media Juana se levantó furiosa de su sillón para di-

rigir por centésima vez una mirada hácia las profundidades de la calle.

Esta se hallaba tan pacífica como antes de la creacion del mundo.

Hízose desnudar, no quiso tomar alimento alguno, y despidió á la criada, cuya presencia le molestaba.

Una vez sola en medio de aquellos ricos muebles y hermosas cortinas, se acostó en su escelente cama; pero no consiguió dormir mas que el dia anterior.

No obstante, á fuerza de dar vueltas en la cama y cavilar largamente, Juana halló una disculpa para la falta que habia cometido el Cardenal.

Primero, que era el Cardenal gran limosnero, y que tendria naturalmente negocios mucho mas importantes que hacer una visita á la calle de San Claudio.

Ademas, no la conocia á ella,

es decir, á la condesa de Valois, y esta disculpa aliviaba la inquietud de Juana. ¡Oh! seguramente no hubiera tenido consuelo si Mr. de Rohan hubiese faltado despues de conocerla.

Sin embargo, estas razones que se daba Juana á sí misma, necesitaban probarse para ser completas.

Juana no pudo contenerse, saltó de su cama, blanca como un cisne, encendió las bugías en la lamparilla, y se contempló largo tiempo en el espejo.

Despues de este exámen se sonrió; apagó las bugías y se volvió á acostar. La disculpa que habia hallado era buena.

EL CARDENAL DE ROHAN.

Al día siguiente Juana hizo su tocador sin desanimarse, y arregló su habitación.

El espejo le reveló que el Cardenal de Rohan no faltaría á su promesa, por poco que hubiera oído hablar de ella.

Daban las siete en aquel momento, y el fuego de la sala se hallaba en todo su esplendor, cuan-

do se detuvo una carroza en la calle de San Claudio.

Juana se acercó inmediatamente á la ventana con la mayor impaciencia.

Un hombre se apeó de la carroza, envuelto en un inmenso leviton; así que este hombre hubo entrado en la casa y que la puerta se cerró, el carruaje fue á esperar á su amo á una callejuela próxima.

No tardó en oirse la campanilla, y el corazón de Mad. de la Motte latió vivamente.

Pero avergonzándose de ceder á una emoción tan pueril, Juana impuso silencio á su corazón, arregló un bordado que tenía sobre la mesa, colocó en el clave unas variaciones nuevas, y encima de la chimenea un periódico.

Pasados algunos segundos, Clotilde anunció en voz alta á la condesa:

—La persona que os escribió antes de ayer.

—Hacedla entrar, dijo Juana.

Al irse esta á levantar para salir al encuentro de la persona que le habian anunciado, oyó unos pasos ligeros y vió entrar á un personaje vestido de terciopelo de seda, con la cabeza erguida, y que parecia mucho mas alto en aquella reducida habitacion.

Asi pues, se admiró del *incógnito* que habia guardado aquella *persona*.

Decidida á adquirir alguna ventaja, dijo despues de haber reflexionado, y haciendo una cortesía, mas bien como protectora que como protegida:

—¿A quién tengo el honor de hablar?

El príncipe miró á la puerta por donde se habia marchado la vieja Clotilde.

—Soy el Cardenal de Rohan, res-

pondió.

Al oír esto Mad. de la Motte fingió sonrojarse, y se confundió en humildes saludos.

Despues cogió un sillón, y en vez de sentarse en una silla, como exigia la etiqueta, se colocó en él.

Al ver el Cardenal esta franqueza puso el sombrero sobre una mesa, y mirando á Juana fijamente, dijo:

— Luego es cierto, señorita...

— Señora, interrumpió Juana.

— Perdonad, habia olvidado... Luego es cierto, señora...

— Mi marido se llama el conde de la Motte.

— Perfectamente, perfectamente, gendarme del Rey ó de la Reyna.

— Sí, monseñor.

— ¿Y vos, señora, dijo, sois de la familia de los Valois?

— Valois, sí, monseñor.

— ¡Nombre ilustre! dijo el Cardenal cruzando una pierna sobre

otra; nombre raro, estinguido.

Juana interrumpió al Cardenal.

—Estinguido no, monseñor, puesto que yo le llevo todavía, y además tengo un hermano que es baron de Valois.

—¿Y es reconocido por tal?

—No tiene necesidad de ser reconocido, monseñor; pobre ó rico, mi hermano nunca dejará de ser lo que ha nacido; es decir, baron de Valois.

—Señora, os suplico que me contéis algo de esa historia, que me ha interesado vivamente.

Juana hizo una larga y detallada relacion de lo que ya sabe el lector.

El Cardenal escuchaba y miraba.

No trataba de disimular sus impresiones, pues no creía en el mérito ni en la clase de Juana; veíala bonita y pobre, y así, pues, limitábase á mirarla.

—Juana adivinó las malas intenciones de su futuro protector.

—¿Es decir, dijo Mr. de Rohan con alguna indiferencia, que habeis sido realmente desgraciada?

—Monseñor, yo no me quejo.

—Mucho me habian ponderado las fatigas de vuestra posicion.

Y miró á su alrededor.

—Esta habitacion es cómoda, está bastante bien amueblada.

—Para una griseta desde luego, repuso agradablemente Juana, que se hallaba impaciente ya por comenzar á tratar de lo que mas le interesaba. Sí, monseñor.

El Cardenal hizo un movimiento.

—¿Cómo, dijo, llamais á esto un ajuar de griseta?

—No creo, monseñor, que le creais digno de una princesa.

—Y vos sois princesa, dijo con cierta ironia imperceptible, de que solo saben hacer uso en la conversacion las personas de un talento

distinguido, para no hacer parecer impertinentes sus palabras.

—He nacido Valois, monseñor, lo mismo que vos habeis nacido Rohan. Esto es todo cuanto sé, dijo Juana.

Pronunció estas palabras con esa dulce magestad de la desgracia cuando se exalta, magestad de la muger que conoce le han faltado; y fueron tan armoniosas y al mismo tiempo tan delicadas, que el príncipe no pudo ofenderse, y su corazón de hombre se conmovió.

—Señora, dijo, me olvidaba de que debí comenzar disculpándome con vos. Ayer os escribí que vendría; pero tenía que asistir en Versalles á la recepcion de Mr. de Suffren. Por esta razon renuncié al placer de veros.

—Monseñor me houra todavia demasiado visitándome hoy, y mi marido el conde de la Motte sentirá doblemente el destierro en que se

encuentra, pues le priva de gozar hoy de vuestra ilustre presencia.

El nombre de *marido* llamó la atención del Cardenal.

— ¿Vivís sola, señora? dijo.

— Enteramente sola, monseñor.

— Esto no debe ser desagradable para una muger jóven y bonita.

— Es muy sencillo, monseñor. Una muger pobre tiene que renunciar á la sociedad, pues su pobreza la aleja de ella.

El Cardenal guardó silencio.

— Parece, dijo, que los genealogistas no hacen constar vuestra genealogía.

— ¿Y qué me importa á mí esto? contestó Juana con indiferencia, separando de su frente los empolvados rizos que la adornaban.

El Cardenal acercó su sillón al fuego, como si tratase de calentar sus pies.

— Señora, quisiera y he querido saber para qué puedo seros útil.

—Para nada, monseñor.

—¿Cómo para nada?

—V. E. me honra mucho seguramente.

—Hablemos con franqueza.

—No puedo ser mas franca de lo que soy, monseñor.

—Sin embargo, os quejábais no hace mucho, dijo el Cardenal dirigiendo una mirada en derredor suyo, como para recordar á Juana lo que habia dicho de su ajuar de griseta.

—Ciertamente, me he quejado.

—Pues entonces, señora.....

—Vamos, monseñor; veo que V. E. quiere darme una limosna: ¿no es verdad?

—¡Oh! señora.....

—No es otra cosa. Las limosnas las he recibido, pero no las recibiré ya mas.

—¿Qué quereis decir con esto?

—Monseñor, hace ya bastante tiempo que me encuentro humillada,

y no estoy en el caso de sufrir mas.

— Señora, abusais de mis palabras. Porque no por ser desgraciada, hay derecho para que os crean deshonorada.....

— ¿Y el nombre que llevo? Veamos, ¿mendigariais vos, señor de Rohan?

— No hablo por mí, dijo el Cardenal con cierto embarazo mezclado de orgullo.

— Monseñor, no sé que haya mas que dos maneras de pedir limosna; en carruaje, ó á la puerta de una iglesia; vestido de terciopelo y oro ó con harapos. Hasta ahora nunca he esperado vuestra visita, pues me creia olvidada.

— ¡ Ah! ¿ Sabiais entonces que era yo el que os habia escrito? dijo el Cardenal.

— He visto vuestras armas en el sello de la carta.

— Sin embargo, habeis hecho ade-

man de no haberme conocido.

—Ha sido porque no habeis tenido á bien haceros anunciar.

—Me agrada vuestra arrogancia, dijo vivamente el Cardenal, mirando con atencion los animados ojos y la fisonomía altiva de Juana.

—Decia, replicó esta, que antes de veros habia tomado la resolución de tirar á un lado ese manto miserable que cubre mi miseria y mi nombre, y de irme vestida de harapos como una mendiga, á pedir una limosna á los transeuntes que la dan, no por orgullo, sino por una verdadera caridad.

—Creo, señora, que no esteis completamente falta de recursos.

Juana no contestó.

—¿Y tendreis quizás algunos bienes que no están hipotecados, ó alhajas de familia? ¿Esta por ejemplo?

Y señaló al decir esto una cajita, sobre la que se apoyaban los

blancos y delicados dedos de Juana.

— ¿Esta? dijo ella.

— Es una cajita preciosa, os lo aseguro. ¿Me permitis? y la cogió.

— ¡Ah! un retrato.

Y al mismo tiempo hizo un movimiento de sorpresa.

— ¿Conoceis el original de ese retrato? preguntó Juana.

— Es el de Maria Teresa.

— ¿De Maria Teresa?

— Sí, la Emperatriz de Austria.

— ¡De veras! exclamó Juana.

¿Lo creéis así, monseñor?

El Cardenal volvió á mirar la caja.

— ¿De dónde os ha venido esto? preguntó.

— De una señora que estuvo antes de ayer.

— ¿Aquí?

— Aquí.

— De una señora...

Y el Cardenal miró otra vez

la cajita con mayor atencion.

—He dicho mal, monseñor, repuso la condesa; eran dos señoras.

—¿Y fue una de esas dos la que os entregó esta caja? preguntó el Cardenal con cierta desconfianza.

—Ella no me la dió.....

—¿Pues entonces cómo se halla en vuestras manos?

—La dejó aqui olvidada.

El Cardenal se quedó tan pensativo, que la condesa de Valois comenzó á entrar en cuidado, y creyó prudente estar sobre aviso.

Mr. de Rohan alzó la cabeza, y dijo mirando fijamente á la condesa:

—¿Y cómo se llama esa señora? Perdonadme esta pregunta: yo mismo me avergüenzo de hacerla.

—En efecto, monseñor, dijo Mad. de la Motte, la pregunta es estraña.

—Indiscreta, quizás, pero estraña.....

—Estraña, lo repito. Si supiese quien era la señora que dejó olvi-

dada aquí esta caja....

—¿Y bien?

—¡Y bien! se la hubiera enviado al momento. Sin duda alguna la tendrá en mucho aprecio, y no quisiera de ningun modo pagarle su graciosa visita haciéndola estar inquieta por espacio de cuarenta y ocho horas.

—Es decir que vos no la conocéis....

—No, solo sé que es superiora de una casa de caridad.

—¿De París?

—No, de Versalles.

—¡De Versalles!.... Superiora de una casa de caridad....

—Monseñor, las mugeres no humillan á otra muger pobre prodigándola socorros, y esta señora que ya tenia noticia de mi posicion, me dejó sobre la chimenea cien luises el dia que estuvo á verme.

—¡Cien luises! dijo el Cardenal sorprendido: pero creyendo que po-

dia herir la susceptibilidad de Juana, añadió:

—Perdonad, señora, no me admira que os hayan dado esa suma; al contrario, mereceis toda la solitud de las personas caritativas, y vuestro nacimiento es un título mas para haceros doblemente acreedora á ella. Lo único que me admira es haberos oido decir que es una casa de caridad, pues estas no acostumbran á hacer limosnas tan crecidas. ¿Me podriais describir sus señas, condesa?

—Dificilmente, monseñor, replicó Juana para aumentar la curiosidad de su interlocutor.

—¿Cómo dificilmente, si la habeis visto aquí?

—Teneis razon; pero esta señora tenia tapado su rostro con una escofieta muy ancha, con objeto sin duda de no ser reconocida; ademas iba envuelta en muchas pieles. No obstante...

La condesa reflexionó.

—No obstante... repitió el Cardenal.

—Creí ver... pero no afirmo nada, monseñor.

—¿Qué creísteis ver?

—Unos ojos azules.

—¿Y la boca?

—Pequeña, pero los labios un poco gruesos, el inferior sobre todo.

—¿Alta ó baja?

—De una estatura mediana.

—¿Y las manos?

—Perfectas.

—¿Y el cuello?

—Largo y delgado.

—La fisonomía...

—Severa y noble.

—¿Y el acento?

—Algo confuso. ¿Pero conocéis tal vez á esa señora, monseñor?

—¿Cómo la he de conocer, condesa, dijo vivamente el prelado.

—Segun la manera con que me

preguntais, lo dais á entender así, monseñor.

—No señora, no la conozco.

—Sin embargo, monseñor, podiais tener alguna sospecha...

—¿Por qué motivo?

—Este retrato podia habéroslo inspirado.

—¡Ah! replicó el Cardenal, temiendo que sus palabras hubiesen dado á entender mas de lo que queria: sí, decís bien, este retrato.....

—Y bien, ¿qué tiene este retrato, monseñor?

—Me recuerda siempre...

—A la Emperatriz Maria Teresa, ¿no es así?

—Creo que sí.

—Luego suponeis...

—Se me figura que habreis recibido la visita de una de esas señoras alemanas que han establecido casas de caridad.

—¿En Versalles?

—Sí señora, en Versalles.

Pero se veia claramente que dudaba aun , y que la presencia de esta caja en casa de la condesa habia renovado todas sus sospechas.

Y la condesa no podia comprender ni esplicarse á sí misma lo que el príncipe pensaba de ella, pues lo que este creia era que Juana le tenia un lazo.

El Cardenal no podia comprender cómo se hallaban en manos de Juana aquel retrato de Maria Teresa, aquella caja que tantas veces habia visto en sus manos.

¿Habria visitado efectivamente la Reyna aquel pobre albergue?

Y si en efecto habia sido asi , ¿cómo es que Juana no la conoció? Tal vez algun motivo particular la obligaba á disimular el honor que habia recibido.

El prelado estaba indeciso.

Al oir el dia anterior el nombre de Valois conoció que debia desconfiar ; pero entonces no se trata-

ba de una muger pobre, sino de una princesa socorrida por una Reyna, á quien esta prodigaba sus beneficios por sí misma.

¿Seria en efecto caritativa María Antonieta?

Mientras que el Cardenal discurría de esta manera, Juana, que no le perdía de vista, y que sorprendía todos los sentimientos del príncipe, se hallaba en el mayor suplicio. Para los caracteres dotados de alguna penetracion, es un verdadero martirio sospechar de aquellos á quienes se desea convencer con la pura verdad.

Este prolongado silencio comenzaba á ser embarazoso para ambos; al fin el Cardenal lo rompió diciendo:

—¿Y reparásteis en la señora que acompañaba á vuestra bienhechora? ¿Podeis darme sus señas?

—¡Oh! sí, de esa me acuerdo muy bien, dijo la condesa; es alta

y hermosa, su fisonomía es resuelta, su cutis admirable, y sus formas perfectas.

—¿Y no la nombró ninguna vez?

—Sí tal, una sola vez oí su nombre.

—¿Y cómo la llamaba?

—Andrea.

—¡Andrea! exclamó el Cardenal. Y se estremeció.

Mad. de la Motte observó el movimiento de sorpresa que hizo.

Las sospechas del Cardenal se habian convertido en evidencias. El nombre de Andrea habia disipado sus dudas.

En efecto, ya en Versalles se habia sabido que la Reyna estuvo en París con Mad. de Taverney, y entre los cortesanos circularon ciertos rumores relativos á este viaje.

El Cardenal respiró.

En la calle de San Claudio no existia el menor complot, y Mad. de la Motte se presentó á su imagi-

nacion tan hermosa y tan pura como el ángel del candor.

No obstante, como el príncipe era buen diplomático, quiso hacer la última tentativa.

— Condesa, dijo, solo me admira una cosa en todo esto, y voy á decíroslo.

— ¿Cual, monseñor?

— Que no os háyais dirigido al Rey, valida de vuestro nombre y vuestros títulos.

— ¿Al Rey?

— Sí.

— ¡Pero, monseñor, si ya le he enviado mas de veinte memoriales!

— ¿Sin resultado?

— Sin resultado.

— Pero, ya que no el Rey, todos los príncipes de la casa real hubieran acogido vuestras reclamaciones. El duque de Orleans, por ejemplo, es muy caritativo, y suele hacer que el Rey niega.

—Ya he solicitado ante S. A. el duque de Orleans, monseñor; pero inútilmente.

—¿Inútilmente? Es extraño.

—¡Que quereis! Cuando se carece de riquezas y de recomendaciones, quedan olvidados los memoriales en la antesala de los príncipes.

—Os queda á monseñor el conde de Artois, que aunque es disipado, sin embargo suele hacer mejores acciones que las personas caritativas.

—Lo mismo me ha sucedido con el de Artois, que con S. A. el duque de Orleans y con S. M. el Rey de Francia.

—¿Pero, y las tias del Rey? Mucho me engaño, ó estas os han contestado favorablemente.

—No, monseñor.

—¡Oh! no puedo creer que Mad. Isabel, hermana del Rey, haya sido tan insensible.

—Es verdad, monseñor; S. A. R. á quien yo habia solicitado, prometió recibirme; pero no sé por qué motivo, despues de haber recibido á mi marido, se negó á darme noticias suyas.

—Estraño es á la verdad, dijo el Cardenal.

Y como si de repente le hubiera ocurrido una idea:

—¡Dios mio! exclamó, nos hemos olvidado de lo principal.

—¿De qué?

—De la persona á quien debisteis dirigiros desde un principio.

—¿Y á quién he debido dirigirme?

—A la que dispensa mas favores, á la que nunca se ha negado á socorrer á quien lo merecia, á la Reyna.

—¿A la Reyna?

—Sí, á la Reyna: ¿la habeis visto?

—Jamás, respondió Juana senci-

llamente.

— ¡Cómo! ¿no habeis dirigido á la Reyna ninguna súplica?

— Nunca.

— ¿No habeis intentado obtenci de S. M. ninguna audiencia?

— Sí, pero no la he conseguido.

— ¿No os habeis colocado ninguna vez cerca de ella para verla pasar, con el objeto de que reparase en vos y os llamase á la córte? Este era un medio como otro cualquiera.

— No le he empleado.

— Señora, me estais diciendo cosas increíbles.

— No; he estado solo dos veces en Versalles, y no he visto allí mas que á dos personas; al doctor Luis, que habia cuidado á mi desgraciado padre en el hospital, y al baron de Taverney, á quien fui recomendada.

— ¿Qué os dijo Mr. de Taverney? Ninguno mejor que él podia

haceros llegar hasta la Reyna.

—Me respondió que yo era muy torpe.

—¿Por qué?

—Porque queria presentar como un título mas para la bonevolencia del Rey, un parentesco que debia contrariar naturalmente á S. M., pues nunca agradan los parientes pobres.

—¡Oh! el baron es muy egoista y brutal, dijo el príncipe.

Y reflexionando en la visita que habia hecho Andrea á la condesa:

—Es estraño, dijo para sí, que el padre hiciese desistir á la condesa de su empeño, y la Reyna fuese á su casa en compañía de la hija. Algo debe resultar de esta contradiccion.

—Os aseguro á fe de hidalgo, dijo en voz alta, que estoy admirado de que una señora de la mas alta nobleza diga que no ha visto al Rey ni á la Reyna.

—He visto sus retratos, dijo Juana riéndose.

—¡Pues bien! exclamó el Cardenal convencido de la ignorancia y de la sinceridad de la condesa de Valois; yo mismo os llevaré á Versalles, si fuese necesario, y haré que se os abran todas las puertas.

—¡Oh, monseñor, cuánta bondad! exclamó Juana con la mayor alegría.

El Cardenal se acercó á ella.

—Dentro de poco tiempo no podrá menos todo el mundo de interesarse por vos.

—¡Ah! monseñor, dijo Juana lanzando un suspiro: ¿lo creéis sinceramente?

—Estoy seguro de ello.

—Eso es una lisonja, monseñor, dijo mirándole fijamente.

En efecto; este cambio súbito debía sorprender á la condesa, á quien el Cardenal habia tratado diez

minutos antes con una lijereza de príncipe.

La mirada de Juana hirió el corazón del Cardenal como la flecha disparada del arco. Abrigaba en su pecho el fuego de la ambición ó del deseo.

Mr. de Rohan, que era conocedor en punto á mugeres, no podía negar que en su vida habia visto una muger tan seductora.

—A fé mia, dijo para sí, con esa doble intencion de las personas nacidas en la corte, seria muy extraordinario que encontrase á un mismo tiempo una muger honrada y una poderosa protectora.

—Monseñor, interrumpió la sirena, guardais á veces un silencio que me inquieta; perdonadme que os lo diga.

—¿Cómo es eso, condesa? preguntó el Cardenal.

—Vais á verlo, monseñor; un hombre como vos no falta nunca á

la política sino con dos clases de mugeres.

— ¡Qué vais á decirme, Dios mio! En verdad que me asustais.

Y le tomó una mano.

—Sí, respondió la condesa; con dos clases de mugeres, lo he dicho y lo repito.

— ¿Cuales son? Veamos.

—Las mugeres á quienes se ama demasiado, y aquellas otras á quienes no se estima lo bastante.

—Condesa, condesa, me avergonzais. ¿He faltado á la política con respecto á vos?

¡Diantre!

—No digais eso; ¡seria espantoso!

—En efecto, monseñor, porque vos no podeis amarme demasiado, y hasta ahora no creo haberos dado ningun motivo para que no me estimeis.

El Cardenal volvió á tomar la mano de Juana.

—Oh, condesa, me habláis como si estuvieseis enfadada conmigo.

—No, monseñor, todavía no habeis merecido mi cólera.

—Y no la mereceré jamás, señora, á contar desde hoy en que he tenido el placer de veros y conoceros.

— ¡Oh, espejo mio! ¡espejo querido! dijo Juana para sí.

—Y desde este dia, continuó el Cardenal, no os abandonará mi solicitud.

— ¡Oh! basta, monseñor, dijo la condesa, que no habia retirado su mano de las del Cardenal: no hablemos mas de esto.

— ¿Qué quereis decir?

—No me hableis de vuestra proteccion.

— ¡Dios me libre de volver á pronunciar esa palabra! No seriais vos la humillada, sino yo.

—Entonces, señor Cardenal, supongamos una cosa que me lisonjea-

rá infinitamente.

—Supongamos lo que gustéis, señora.

—Pues bien; supongamos que habeis hecho una visita de política á Mad. de la Motte Valois, y nada mas.

—Y nada menos, respondió galantemente el Cardenal.

Y llevando á sus labios la mano de Juana, estampó en ella un prolongado beso.

La condesa retiró su mano.

—! Oh! es por política, dijo el Cardenal con gracia y elegancia.

Juana le devolvió la mano y el prelado la besó de nuevo con el mayor respeto.

—Así me agrada, monseñor.

—El Cardenal se inclinó.

—Conque es decir, continuó la condesa, que ocuparé una pequeña parte de la eminente imaginacion de un hombre como vos. Esto me consuela por un año.

— ¡Un año! No es muy poco... Esperemos mas tiempo, condesa.

— No digo que no, señor Cardenal, respondió Juana sonriéndose.

Este señor Cardenal autorizaba una familiaridad de la que Mad. de la Motte se habia hecho culpable por segunda vez. El orgulloso prelado hubiera debido admirarse de ello; pero no solamente no fué así, sino que quedó tan satisfecho como si hubiese recibido un favor.

— ¡Ah! teneis confianza, exclamó acercándose todavía un poco mas. Tanto mejor.

— Sí, monseñor, tengo confianza, porque conozco que vuestra eminencia.....

— No hace mucho que me habeis llamado señor Cardenal.

— Debeis perdonarme, monseñor, pues no conozco la corte. Repito, pues, que tengo confianza con vos, porque os creo capaz de comprender un carácter aventurero y osado co-

mo el mio. A pesar de mi pobreza, á pesar de los combates que me han puesto á discrecion de infames enemigos, vuestra eminencia sabrá apreciar lo que sea digno en mí, es decir, en mi conversacion. En cuanto á lo demás reclamo la indulgencia de vuestra eminencia.

—Luego quedamos amigos, señora. ¿Quereis jurarlo?

—No tengo inconveniente.

El Cardenal se levantó y se dirigió hácia Mad. de la Motte; pero como llevaba los brazos demasiado abiertos para hacer un juramento sencillo, la condesa con suma ligereza evitó el círculo con que trataba de enlazarla.

—Amigos los tres, dijo con un acento inimitable por lo inocente y burlesco.

—Cómo los tres? preguntó el Cardenal.

—Sin duda alguna; pues qué, ¿no existe en el mundo un pobre

gendarme, un pobre desterrado llamado el conde de la Motte?

— ¡Oh, condesa, qué memoria tan deplorable teneis!

— Preciso es que yo os hable de él, una vez que vos no lo haceis.

— ¿Sabeis por qué no lo hago, condesa?

— Decid.

— Porque ya hablará él suficientemente de sí mismo, los maridos no se olvidan nunca, creedme.

— ¿Y si habla de sí mismo?

— Entonces se hablará de vos, se hablará de nosotros.

— ¿Pues cómo?

— Se dirá que el conde de la Motte ha aprobado ó desaprobado que el Cardenal de Rohan viniese tres, cuatro ó cinco veces á la semana á la calle de San Claudio á visitar á Mad. de la Motte.

— ¿No os parece demasiado, señor Cardenal, tres, cuatro ó cinco

veces á la semana ?

— ¿Pues y la amistad, condesa, dónde la dejais ?

— He dicho cinco veces, pero me engañaba. Debí decir seis ó siete sin contar los días en que venga dos veces.

Juana se sonrió.

El Cardenal notó con placer que hacia honor por primera vez á sus bromas, y esto le lisonjaba altamente.

— ¿Y cómo evitareis las hablillas ? Bien veis que esto es imposible.

— No tanto, repuso el Cardenal.

— ¿Pues cómo ?

— De una manera muy sencilla. El pueblo de París me conoce.

— ¡ Oh , seguramente , monseñor !

— Pero desgraciadamente no sucede lo mismo con respecto á vos.

— ¿ Y bien ?

— Dejemos esa cuestion á un lado.

— Dejémosla; es decir que...

— Como queráis... Si por ejemplo...

— Acabad.

— Saliéseis vos en lugar de salir yo...

— ¿Queréis que yo vaya á vuestro palacio, monseñor?

— Iriais á casa de un ministro.

— ¿Y un ministro no es un hombre?

— Sois adorable. Pues bien, no hablo de mi palacio, sino de una casa enteramente vuestra.

— ¡Ab! exclamó la condesa; ¡una casa mia! ¿Y donde se encuentra? No sabia que poseia tal casa.

El Cardenal, que se habia sentado, volvió á levantarse.

— Mañana á las diez recibireis las señas de ella.

Y ambos se saludaron con esa risueña ceremonia que indica una intimidad próxima.

—Alumbrad á monseñor, exclamó la condesa.

La vieja entró con una luz en la mano.

El prelado, salió.

—Creo, dijo Juana para sí, que he dado un gran paso en el mundo.

—Vamos, vamos, pensó el Cardenal al tiempo de subir á su caruaje; he matado dos pájaros de una pedrada. Esta muger tuvo demasiado talento para no atrapar á la Reyna como me ha atrapado á mí.

MESMER Y SAN MARTIN.

Hubo un tiempo en que París, libre de negocios, París, en el que reinaba la mayor alegría, se entregaba á esos voluptuosos placeres que son en nuestros dias el monopolio de los ricos y los hombres sábios llamados *perezosos*.

En 1784, es decir, en la época de nuestra historia, la cuestion que estaba en moda, la que sobresalía por encima de todas, la que flota-

ba en el aire, la que se detenía en todas las cabezas un poco elevadas como los vapores en la cima de las montañas, era el *mesmerismo*, ciencia misteriosa, mal definida por sus inventores, los cuales no teniendo necesidad de democratizar un descubrimiento desde su origen, dieron á este un nombre de hombre, es decir, un título aristocrático en vez de esos nombres de ciencia sacados del griego, con ayuda de los cuales la pudibunda modestia de los sabios modernos vulgariza hoy dia todo elemento científico.

En efecto, ¿por qué democratizar una ciencia en 1784. El pueblo, á quien no habian consultado hacia mas de siglo y medio los que le gobernaban, ¿contaba con el estado para alguna cosa? No; el pueblo era la tierra fecunda que producía, era la rica mies que se segaba; pero el dueño de la tierra era el Rey, y los segadores la no-

bleza.

En el dia todo ha cambiado; la Francia se asemeja á un reló de arena antiguo, ha señalado la hora de la monarquía durante 900 años, y va á señalar durante muchos siglos la era del pueblo.

En 1784 era una recomendacion el nombre de un hombre. Hoy dia, por lo contrario, se prefiere el nombre de las cosas.

Pero dejemos el *hoy* para echar la vista sobre el *ayer*. ¿Qué significa esa distancia de medio siglo comparada con la eternidad? Lo mismo que la que existe entre hoy y mañana.

El doctor Mesmer se hallaba en París, segun se ha sabido ya por María Antonieta cuando pidió permiso al Rey para hacerle una visita. Permítasenos decir algunas palabras acerca del doctor Mesmer, cuyo nombre no repiten hoy dia sino algunos químicos, pero el cual, en la época

de que hablamos se hallaba en boca de todos.

El doctor Mesmer llevó en 1777 de Alemania, país de los sueños brumosos, una ciencia llena de nubes y relámpagos. Al resplandor de estos relámpagos no veía el sabio mas que las nubes que formaban sobre su cabeza una bóveda sombría; el vulgo no veía mas que relámpagos.

Mesmer se estrenó en Alemania con una tesis acerca de la influencia de los planetas. Habia tratado de establecer que los cuerpos celestes, en virtud de esa fuerza que produce sus mútuas atracciones, ejercen cierta influencia sobre los cuerpos animados, y particularmente en el sistema nervioso por medio de un fluido sutil que invade el universo. Pero esta teoría era abstracta. Para ello era necesario hallarse iniciado en la ciencia de los Galileos y de los Newton. Era mezcla de grandes verdades astronómicas con los

sueños astrológicos, la cual no podía, no decimos popularizarse, pero ni aun aristocratizarse: para esto hubiera sido necesario que el cuerpo de la nobleza se convirtiese en una sociedad sabia. Mesmer abandonó, pues, este sistema para lanzarse en el de los imanes.

En aquella época se estudiaban mucho estos; sus facultades simpáticas hacen vivir á los minerales con una vida muy semejante á la vida humana, prestándoles las dos grandes pasiones de esta, el amor y el ódio. A consecuencia de ello se atribuian á los imanes virtudes sorprendentes para la cura de las enfermedades. Mesmer unió la accion de los imanes á su primer sistema, y trató de ver lo que podia sacar de esta union.

Desgraciadamente encontró en Viena un rival. Este rival, llamado Hall, dijo que Mesmer le habia robado su escrito. En vista de lo cual, Mes-

mer declaró que abandonaría los imanes, y que ya no curaría por el magnetismo mineral, sino por el animal.

Esta palabra, pronunciada como nueva, no designaba sin embargo un descubrimiento nuevo; el magnetismo conocido por los antiguos, y empleado en las iniciaciones egipcias y en el Pitismo griego, se había conservado durante la edad media tradicionalmente; algunos restos de esta ciencia que fueron recogidos, engendraron los hechiceros de los siglos XIII, XIV y XV; muchos de ellos que confesaron la estraña religion de que eran mártires, fueron quemados en medio de las llamas.

Urbano Grandier no era mas que un magnetizador.

Mesmer había oído hablar de los milagros de esta ciencia.

José Balsamo, héroe de una de las partes de nuestra historia, dejó

huellas de su ciencia en Alemania, y sobre todo en Strasburgo. Mesmer trató de penetrar esta ciencia volátil como esos fuegos fátuos que recorren durante la noche la superficie de los estanques; de ellos sacó una teoría completa y un sistema uniforme, al cual dió el nombre de Mesmerismo.

Conseguido esto, Mesmer comunicó su sistema á la Academia de ciencias de París, á la sociedad real de Lóndres y á la Academia de Berlin; las dos primeras no le respondieron, y la tercera le dijo que era un loco.

Mesmer recordó á aquel filósofo griego que negaba el movimiento, y á quien su antagonista confundió andando. Fue á Francia, tomó á su cargo de manos del doctor Storck y del oculista Wenzel una jóven de 17 años, que padecía de una enfermedad en el hígado y de gota serena; al cabo de tres meses se ha-

bia curado la enfermedad, y la ciega veía perfectamente.

Esta cura convenció á un gran número de personas, y entre ellas á un médico llamado Deslon.

Desde este momento la reputacion de Mesmer fue en aumento; la Academia se declaró contra el innovador, y la corte en su favor; el ministerio entabló negociaciones para inducir á Mesmer á que enriqueciese la humanidad publicando sus doctrinas. El doctor pidió cierta cantidad. Mr. de Breteuil le ofreció en nombre del Rey una renta vitalicia de veinte mil libras, y la cantidad de diez mil para pagar á tres personas, con objeto de que le ayudasen en sus procedimientos. Pero Mesmer, indignado de aquella parsimonia real, rehusó, y se marchó á las aguas de Spá con algunos de sus enfermos.

Mesmer se veía atacado de una catástrofe inesperada: Deslon, su

discípulo, poseedor del famoso secreto que Mesmer habia negado vender por treinta mil libras anuales, principió á curar públicamente por el método mesmeriano.

Mesmer al saber esto dijo que era un robo, una traicion y un fraude; creyó volverse loco. Entonces uno de sus enfermos, Mr. de Bergasse, tuvo la feliz idea de poner la ciencia del ilustre profesor en comanda, formando un comité de cien personas, con un capital de trescientas cuarenta mil libras, con la condicion de que revelaria sus doctrinas á los accionistas. Mesmer se encargó de esta revelacion, recibió el dinero y volvió á París.

El momento era oportuno; hay casos en la edad de los pueblos, y son los que se refieren á las épocas de transformacion, en que la nacion entera se detiene como si hallase un obstáculo imprevisto, vacila y preve el abismo á cuyo borde se en-

cuentra.

La Francia habia llegado á uno de estos momentos, y presentaba el aspecto de una sociedad tranquila, cuyo espíritu se hallaba agitado. Gozaba de una felicidad ficticia, cuya conclusion entreveia como se entreve la llanura entre los árboles al llegar al término de un bosque. Esta tranquilidad causaba, y buscábanse emociones; y las novedades, por insignificantes que fuesen, eran bien recibidas. Se habia llegado á un estado de frivolidad, que nadie se ocupaba ya de las graves cuestiones del gobierno y del molinismo. Pero en cambio se promovian grandes disputas respecto á la música, habiéndose partido por Glucz y por Piccini, habia apasionados de la enciclopedia, y las memorias de Beaumarchais entusiasmaban.

Mas ocupaban los ánimos la aparicion de una ópera nueva que el tratado de paz con la Inglaterra y

el reconocimiento de la república de los Estados-Unidos.

En fin, era uno de esos periodos en que los espíritus, llevados por los filósofos, hacia lo verdadero, es decir, hacia el desencanto, se cansan de esa limpidez de lo posible que deja adivinar el fondo de todas las cosas, y procuran, dando un paso, traspasar los límites del mundo real para entrar en el de los sueños y ficciones.

En efecto, si las verdades claras y patentes son las únicas que se popularizan con prontitud, no es menos cierto que los misterios son una atracción poderosa para los pueblos.

El pueblo de Francia se veía, pues, arrastrar de una manera irresistible por ese extraño misterio del flúido mesmeriano, el cual, según la opinión de los químicos, devolvía la salud á los enfermos, sanaba á los locos, y hacia perder el sentido

á los cuerdos.

Mesmer preocupaba todos los ánimos. ¿Qué había dicho? ¿En qué fundaba milagros tan divinos? ¿A que gran señor había vuelto á la vida ó la fuerza? ¿A qué señora cansada de desvelos y de juego había curado de los nervios? ¿A qué jóven había hecho prever el porvenir en crisis magnética?

¡El porvenir! esa gran esperanza de todos los tiempos, ese gran interés de todas las almas, y solución de todos los problemas. En efecto, ¿qué era lo presente?

Un cetro sin rayos, una nobleza sin autoridad, un país sin comercio, sin pueblo, sin derechos, una sociedad sin confianza.

Desde la familia real, inquieta y aislada en su trono, hasta la familia plebeya, hambrienta en su desvan, no se veía sino miseria, vergüenza y pavor en todas partes.

Olvidar á los demas para no pen-

sar sino en sí mismo, beber en fuentes nuevas, estrañas y desconocidas la seguridad de una vida mas larga y una salud inalterable durante esta prolongacion de la existencia; arrancar alguna cosa á los avaros de los cielos, ¿no era de por sí objeto de una inspiracion fácil de comprender hácia lo desconocido, de que Mesmer descubria una pequeña parte? Voltaire habia muerto, y no se oia en Francia carcajada alguna, escepto la de Beaumarchais, todavia mas amarga que la de su maestro. Rousseau habia muerto tambien; no habia ya en Francia filosofia religiosa. Rousseau trató de sostener la existencia de Dios; pero despues que él murió, no hubo nadie que quisiera esponerse á hacerlo, por miedo de ser aniquilado por su fama.

La guerra habia sido en otro tiempo una ocupacion grave para los franceses; los Reyes sostenian por su propia cuenta el heroismo

nacional: entonces la única guerra francesa era una guerra americana, y todavía el Rey personalmente no había hecho nada para favorecerla. En efecto, no se batían por esa cosa desconocida que los americanos llaman independencia, palabra que los franceses traducen por una abstracción, libertad.

Ya esta guerra lejana, esta guerra, no solamente de otra nación sino de otro mundo, acababa de concluir.

Todo bien pensado, valía mucho más ocuparse de Mesmer, ese médico alemán que por segunda vez después de seis años visitaba la Francia, que de lord Cornuwallis ó de Mr. Washington, que se encontraban tan lejos, y que probablemente no se les vería nunca ni al uno ni al otro.

Ya que Mesmer estaba en París, se podía verle, tocarle, oírle, y la ambición de las tres cuartas partes de los habitantes era ser tocado

por él.

Así es que el hombre que á París no fue sostenido por la Reyna, y que sin embargo tenia tantos partidarios en su pais, el hombre, que si el doctor Deslon no le hubiera al poco tiempo despues hecho traicion de su secreto, hubiera vivido en la oscuridad y sin brillo ninguno, ese hombre era el asunto de todas las conversaciones, dejando muy atras al Rey, del que no se habia hablado nunca, á Mr. de Lafayette, del que no se hablaba todavia, y á Mr. Necker, de quien no se hablaba ya mas.

Y como si este siglo tomase el trabajo de dar á cada ingenio segun su aptitud, á cada corazon segun su simpatia, á cada cuerpo segun sus necesidades, ademas de Mesmer, el hombre del materialismo, se elevaba Saint-Martin, el hombre del espiritualismo, cuyas doctrinas servian para consolar á las almas que

heria el positivismo del doctor alemán.

Que se represente el ateismo como una religion mas dulce que la verdadera religion; que se represente á un republicano lleno de política y consideraciones por los reyes; á un aristócrata afectuoso, tierno y compasivo con el pueblo; que se represente el triple ataque de este hombre dotado de la elocuencia mas lógica, la mas seductora, contra los cultos de la tierra, que llama insensatos por la sola razon que son divinos.

Que se represente en fin á Epicuro empolvada su cabeza de blanco, con un vestido bordado, una casaca con lentejuelas, con calzones de raso, y tacones pintados de encarnado, que no contento con derribar á los dioses, en los que no cree, destruye los gobiernos como los cultos, porque dice nunca están de acuerdo, y hacen desgraciada á la humanidad.

Obrando contra la ley social que invalida con esta sola palabra, castiga siempre las faltas diferentes, y el efecto sin apreciar la causa.

Supóngase ahora que este tentador que se llamó á sí mismo el filósofo desconocido, reúne para fijar á los hombres en un círculo de ideas diferentes todos los encantos que la imaginacion mas ambiciosa puede añadir á la idea de un parasismo moral, y que en lugar de decir que los hombres son iguales, lo cual es un absurdo, inventa esta otra forma que parece salir de los labios mismos que la niegan.

»Los seres inteligentes todos son Reyes.»

Y daos luego cuenta de semejante moral, cayendo de buenas á primeras en medio de una sociedad sin esperanzas, sin brújula; de una sociedad archipiélago sembrado de ideas, es decir, de escollos; tened presente que en esta época eran las mugeres tier-

nas y coquetas, los hombres ávidos de poder, de honores y de placeres; en que los reyes dejan inclinar la corona, en la cual por primera vez incansable y perdida en la sombra, se fija una mirada á la vez curiosa y amenazante, y no se estrañará que hiciera prosélitos una doctrina que heria á las almas.

Elegid entre vosotros el alma superior, pero superior por el amor, por la caridad, por la voluntad poderosa de amar y de ser felices, y cuando esta alma, hecha hombre se haya levantado entre nosotros, inclinaios, humillaos, anonadaos vosotras todas, almas inferiores, á fin de dejar espacio á la dictadura de esa alma, que tiene por mision rehabilitaros en vuestro principio esencial, es decir en la igualdad de los sufrimientos, en el seno de la desigualdad forzada, de las actitudes y de las funciones.

Añadid á esto que el filósofo desconocido se rodeaba de misterio, que buscaba la sombra profunda para discutir en paz, lejos de los espías y de los parasitos, la gran teoría social que podia llegar á ser la política del mundo.

— Escuchadme, decia, almas fieles, corazones creyentes, escuchad y tratad de comprenderme, ó mas bien, no me escuchéis si no teneis curiosidad ni interés en comprenderme, porque os costará trabajo, y yo no entregaré mis secretos á quien no sea capaz de arrancar su velo.

Yo digo cosas que no quiero parecer decir, y esta es la razon por qué parecerá que digo otra cosa que la que digo.

Y Saint-Martin tenia razon; y en derredor suyo habia realmente defensores silenciosos, sombríos y celosos de sus ideas, misterioso cenáculo cuyo

oscuro misticismo no penetraba nadie.

Allí trabajaban en la glorificación del alma y de la materia, soñando sin embargo con el aniquilamiento de la religion de Jesucristo, estos dos hombres que habian dividido en dos campos, y sembrado dos necesidades en todos los espíritus inteligentes, y en todas las naturalezas privilegiadas de la Francia.

Asi se agrupaban al rededor de la varilla mágica de Mesmer, de la cual salia centelleando toda la vida de sensualidad, todo el materialismo elegante de esta nacion degenerada, mientras que al rededor del libro de los horrores y de la verdad se reunian las almas piadosas, caritativas, amantes, alteradas de la realizacion, despues de haber saboreado tales quimeras.

Si mas allá de estas esferas privilegiadas las ideas estuviesen en divergencia ó se turbasen; si se

transformásen en trueno los rumores que se escapaban, como las luces se habian convertido en relámpago, se comprenderia el estado informe en que se hallaba la sociedad subalterna, es decir, la clase media del pueblo, lo que mas tarde se llamó el tercer estado, el cual adivinaba que se ocupaban únicamente de él, y que su impaciencia y su resignacion ardia en el deseo de robar el fuego sagrado, como Prometéo de animar un mundo que fuese suyo, y en el cual hiciese por sí mismo lo que mas le conviniese.

Las conspiraciones en el estado de conversaciones; las asociaciones en el estado de círculos; los partidos sociales en el estado de cuadrillas, es decir, la guerra civil y la anarquía; hé aqui lo que aparecia bajo todo esto al pensador, que no veia aun la segunda vida de esta sociedad.

¡Ay de mí! Hoy que el velo ha

sido desgarrado; hoy que los pueblos Prometeos han sido abrasados diez veces por el fuego que han robado ellos mismos, decidnos si el pensador podia ver en los últimos albores de este extraño siglo décimooctavo alguna cosa mas que la descomposicion de un mundo; si podia ver alguna cosa que no fuese semejante á lo que pasaba despues de la muerte de César y antes del advenimiento de Augusto.

Augusto fue el hombre que separó el mundo pagano del mundo cristiano, como Napoleon es el hombre que separa el mundo feudal del mundo democrático.

Tal vez acabamos de condenar á nuestros lectores con nosotros á una digresion que ha debido parecerles un poco larga; pero hubiera sido difícil ciertamente en esta época tocar sin desfloracion la pluma estas graves cuestiones que son su carne y su vida.

El esfuerzo está ya hecho; esfuerzo como el de un niño que arañase con su uña el moho de una estatua antigua, para leer bajo este moho una inscripción borrada en sus tres cuartas partes.

Entremos, pues, en el terreno de las invenciones. Si continuásemos ocupándonos de las realidades, diríamos mucho para el novelistas, muy poco para el historiador.

LA CUBETA DE MESMER.

La descripción que hemos procurado hacer en el precedente capítulo, no solo de la época á que se refiere, sino tambien de los hombres que figuraban en ella, debe ser suficiente en nuestro concepto para legitimar á los ojos de nuestros lectores la avidez inesplicable que manifestaban los parisienses por presenciar las curas operadas en público por Mr. Mesmer.

De consiguiente, tampoco deberá parecer extraño que el Rey Luis XVI, el cual, si no era curioso, sabia cuando menos apreciar lo bastante las novedades que mas ruido metian en su buena ciudad de Paris, para dejar de comprender la curiosidad de los demas, permitiese á la Reyna, con la condicion indicada de que fuese acompañada de una princesa, ir á ver por una vez tan solo lo que todo el mundo habia ya visto.

El dia en que Maria Antonieta se decidió á usar de este permiso, fue á los dos siguientes del en que el señor Cardenal de Rohan habia ido á visitar á la condesa de La Motte.

La temperatura habia perdido su crudeza, y el desyelo habia sobrevenido. Un ejército de barrenadores, felices y contentos de ver ya el invierno de capa caída, se ocupaba en echar hácia las alcantarillas,

con el ardor que emplearian los soldados en abrir una brecha, la nieve sucia y derretida que quedaba en las calles, y la cual corria por ellas á su impulso formando negros arroyos.

El cielo, cuyo hermoso azul no empañaba la mas ligera nube, empezaba á iluminarse con las primeras estrellas, cuando Mad. de La Motte, vestida con ese lujo y elegancia que revelan aparentemente las riquezas, y metida en un carruage de alquiler que la señora Clotilde habia escogido entre los mas decentes, llegó á la plaza de Vendome y mandó parar al frente de una casa de grandioso aspeto, cuyas elevadas ventanas se veian iluminadas con la mayor esplendor.

Esta casa era la del doctor Mesmer, y á la puerta de ella veíanse el coche de Mad. de La Motte una porcion de carruages y literas,

y además de estos carrages un grupo de doscientos ó trescientos curiosos los cuales esperaban pateando sobre el barro la salida de los enfermos curados ó la entrada de los que iban á curarse.

Los últimos, ricos y magnates casi todos, llegaban en sus carrages adornados con escudos de armas, se hacian bajar de ellos conducidos en brazos de sus lacayos, y la vista de estos fardos de nueva especie, envueltos en pieles y en capas de raso, no era por cierto lo que menos consuelos proporcionaba á estos desgraciados hambrientos y medio desnudos, los cuales contemplaban desde la puerta aquella evidente prueba de que Dios da ó niega la salud á los hombres sin consultar su árbol genealógico.

Cuando uno de estos enfermos, de pálido semblante y de lánguidos miembros, desaparecia por la gran puerta, dejabase oír un mormullo

entre los circunstantes, y á fe que era bien extraño que aquella turba curiosa é inteligente que miraba agruparse á la puerta de los bailes ó bajo los pórticos de los teatros á toda aquella aristocracia ávida de placeres, lo cual constituia á la vez su diversion, dejase reconocer á tal ó cual duque que padecia de parálisis en un brazo ó una pierna, ó á tal ó cual mariscal de campo, cuyos pies se negaban á funcionar, menos á causa de las fatigas de las marchas militares, que del entorpecimiento originado por los altos ó paradas hechas en casa de una cantatriz de la ópera ó de una bailarina.

Escusado es decir que las investigaciones de los curiosos no se limitaban únicamente á los hombres. Su exploracion se dirigia tambien sobre tal ó cual dama á quien veian pasar en brazos de sus jeduque, con la cabeza pendiente, y la mi-

rada triste, del mismo modo que las damas romanas que se hacian conducir por sus Thesalinos despues de la comida, y la cual presa de dolores nerviosos, ó debilitada por los escesos y las vigiliass, que no habian podido curar aquellos charlatanes á la moda, ó aquellos vigorosas angelotes de quienes Mad-Dugazou podia hacer relaciones tan maravillosas, venia á pedir á la cubeta de Mesmer, lo que en vano habia solicitado en otra parte.

No se crea tampoco que exageramos á nuestro placer el envilecimiento de las costumbres. Mal que nos pese, vémonos precisados á confesar que en aquella época las damas principales de la corte estaban en perpétua pugna con las jóvenes de teatro, las cuales les disputaban sus esposos y sus amantes, al paso que aquellas robaban á estas sus camaradas y sus primos, cuyo parentesco era un plagio de las

costumbres de Bretaña.

Algunas de estas damas eran tan conocidas como los hombres; y los nombres de ellas circulaban de boca en boca acompañados de estrepitosos comentarios; pero la mayor parte de las que esta noche entraron en casa del doctor Mesmer, y tal vez aquellas cuyo nombre hubiera producido mayor impresion, se escaparon á las miradas de los curiosos, trayendo cubierta la cara con una máscara de raso, lo cual nada tenia de extraño, puesto que aquel dia, vigésimo de cuaresma, habia baile de trages en la ópera, y estas damas pensaban ir desde la plaza de Vendome á Palais Royal.

La condesa de la Motte atravesó por enmedio de aquella turba, que ora se quejaba, ora manifestaba admiracion, ó dejaba escapar sarcásticos murmullos, con paso firme y tranquilo, cubierto el semblante con

una careta, y no dejando en pos de sí mas que esta frase que oyó repetir una porción de veces:

— ¡ Ah! Lo que es esta no tiene trazas que digamos de estar muy enferma.

Pero no hay que creer por esto que la indicada frase no se prestaba tambien á comentarios; porque si Mad. de La Motte no padecia efectivamente dolencia alguna, ¿ á qué iba entonces á casa del doctor Mesmer?

Con todo, si aquella gente hubiera estado enterada como nosotros de los sucesos que acabamos de referir, hubiera comprendido que nada habia mas sencillo que esta verdad.

En efecto, Mad. de La Motte habia reflexionado muy detenidamente acerca de su entrevista con el Cardenal de Rohan, y con especialidad sobre la particular atencion con que su Eminencia habia estado

contemplando aquella caja de retrato que habian dejado olvidada, ó perdida, por mejor decir, las señoras de la caridad que habian ido á socorrerla pocos dias antes; y como en el nombre de la dueña de esta caja estribaba la esplicacion de la repentina benevolencia del Cardenal, la condesa apeló á dos medios para saber este nombre.

El primero, y el que le pareció el mas sencillo, fue ir á Versalles, para informarse y pedir noticias en la oficina de la junta de caridad de las dos damas alemanas.

Pero allí, como es fácil presumir, fueron infructuosas sus pesquisas, puesto que las simpatías que la Reyna manifestaba hácia sus compatriotas, habian traído á Versalles mas de ciento cincuenta ó doscientas señoras de Alemania, que eran á cual mas caritativas, y como á ninguna le habia ocurrido la idea de

dejar sus señas en la oficina indicada, en vano preguntó Juana por las dos damas que habian ido á visitarla, porque nadie supo darle razon de ellas. En vano fue tambien que añadiera que se llamaba Andrea una de las dos, porque en Versailles nadie conocia señora alguna alemana de este nombre, el cual, francamente hablando, tenia muy poco de aleman.

De consiguiente, todas sus indagaciones por este lado no produjeron resultado alguno.

Pero como el preguntar directamente á Mr. de Rohan este nombre hubiera sido darle á entender que se hacia con determinado objeto, y caso de que se prestara á rebelarlo, privarse del placer, del gusto y del mérito de un descubrimiento hecho á pesar de todo el mundo y de todas las posibilidades, Mad. de La Motte tuvo por conveniente recurrir á otro medio que todo lo con-

ciliaba.

Comprendió además, que puesto que habia habido misterio en la manera con que las dos damas se habian presentado en su casa, asi como en las reticencias y sorpresa que habia manifestado Mr. de Rohan, misteriosamente era como debia tambien llegar á descubrir la esplicacion de tantos enigmas.

Por otra parte, la lucha que Juana trataba de emprender para salirse con su intento, tenia para ella un poderoso aliciente.

Habia oido decir que existia en París un hombre dotado de segunda vista, un hacedor de milagros, que habia dado con el secreto de espulsar del cuerpo humano las enfermedades y los dolores, como Cristo espulsó en otro tiempo los demonios del cuerpo de los energúmenos; un hombre, en fin, que no solamente curaba los padecimientos físicos, sino que arrancaba tam-

bien del alma el secreto doloroso que la destruía, y quiso recurrir á él á todo trance.

Este hombre tenía también, como se decía de público, el don especial de someter con sus poderosos conjuros la voluntad tenaz de sus clientes, transformándola en la docilidad de los esclavos, y que durante el sueño que sucedía á los dolores de los operados, después que el sabio médico había calmado la organización más irritada, sumiéndola en el más completo olvido, el alma de aquellos, encantada y gozosa con el reposo que debía al encantador, se ponía enteramente á disposición de su nuevo dueño, el cual dirigía desde entonces todas sus operaciones, y movía todas sus fibras. Esta alma agradecida le transmitía además todos sus pensamientos en un lenguaje, que tenía sobre el lenguaje humano la ventaja ó desventaja de no ser mentido ja-

más, y saliéndose del cuerpo que le servía de prision, á la primera órden de aquel que momentáneamente la dominaba, recorría el mundo, se mezclaba con las otras almas, se identificaba con ellas, las sondeaba sin intermision, las exploraba despiadadamente, y desempeñaba tan bien su cometido, que, como el perro de caza que hace saltar de la maleza la pieza que fue á ocultarse en ella creyéndose allí en seguridad, concluía por hacer saltar el secreto del corazon adonde habia ido á esconderse, le perseguia sin descanso, lo alcanzaba, y terminaba por traerlo á los pies de su amo. Imágen asáz fiel del halcon ó del gavilan bien enseñado, que va á buscar hasta las nubes, por cuenta del halconero su amo, la perdiz ó la tórtola designada á su feroz servilismo.

De aquí databa la revelacion de una porcion de secretos á cual mas

maravilloso.

Mad. de Duras habia encontrado por este medio un niño que le habia sido robado de la cuna; Mad. de Chantoné un perro inglés, que cabia dentro del puño, y por el cual hubiera dado todos los muchachos del mundo, y M. de Vandeuil un bucle de cabellos por el cual hubiera dado la mitad de su fortuna.

Todos estos hallazgos eran debidos á las revelaciones de los *iluminados* ó *iluminadas* á consecuencia de las operaciones magnéticas del doctor Mesmer.

Tambien podia irse á recoger en casa del ilustre doctor los secretos mas propios para egercer la facultad de adivino de las cosas sobrenaturales, y Mad. de La Motte creia por ende con algun fundamento que encontraria, asistiendo á una de estas sesiones al Fenix de sus curiosas investigaciones, asi como tambien que descubriria por su mediacion á

la propietaria de la caja, la cual era en aquel instante el objeto único de sus mas ardientes congeturas.

He aquí la razon por qué se habia dirigido tan apresuradamente y vestida con tanta elegancia, á la sala donde se reunian los enfermos.

La descripcion de esta sala merece en nuestro concepto hacerse con alguna minuciosidad, y despues de pedir por ello al lector mil perdones, vamos á emprenderla lo mejor que nos sea posible.

La habitacion se dividia en dos salas principales.

Despues de atravesar las antecámaras y de presentar á los hugieres de servicio el correspondiente pase, los clientes del doctor eran admitidos en un vasto salon, cuyas ventanas herméticamente cerradas, interceptaban el paso de la luz y el aire durante el dia y la noche.

En el centro de este salon, y

bajo una araña cuyas bugías despedían una claridad débil y casi moribunda, veíase una cubeta ancha y chata, tapada con una cobertera.

Esta cubeta, asaz poco elegante en su forma, y la cual no tenía adorno ni paño alguno que encubriese la desnudez de sus aros de metal, se llamaba *la cubeta de Mesmer*.

¿En qué consistían, pues, las virtudes que encerraba esta vasija? Vamos á explicarlo.

Hallábase llena hasta los bordes de una agua cargada de principios sulfurosos, y esta agua concentraba sus miasmas bajo la cobertera, para saturar á su vez todas las botellas colocadas metódicamente en el fondo de la cubeta en inversas posiciones.

Cruzábanse tambien en el interior de la vasija corrientes misteriosas, á cuya influencia debían los enfermos su curacion.

La cobertera tenia una asa de

hierro, á la cual estaba atada una larga cuerda, cuyo uso vamos á averiguar dirigiendo una mirada sobre los enfermos, á quienes hemos visto entrar hace un instante en casa del doctor, y los cuales se hallaban sentados en taburetes colocados simétricamente al rededor de la cubeta.

Hombres y mugeres se hallaban mezclados indiferentemente, y unos y otras esperaban con semblante grave é inquietos los resultados de la prueba.

Al poco rato aproximóse un criado á la cubeta, y cogiendo la punta de la cuerda que estaba atada á la cobertera, fue ensartando con ella, por decirlo así, á los enfermos, de suerte que todos ellos, sujetos ó ligados por la misma cadena, participasen á un tiempo mismo de la percusion de la electricidad que contenia la vasija.

Ademas de esto, y á fin de que

la acción de los fluidos animales transmitidos y modificados por cada naturaleza, no sufriesen interrupción alguna, los enfermos, siguiendo las instrucciones del doctor, tenían cuidado de tocarse unos á otros, bien fuese con el codo ó con los hombros y los pies, para que la cubeta salvadora enviase simultáneamente á todos los cuerpos su calor y su regeneración vivificante.

No puede negarse que esta ceremonia médica era uno de los mas curiosos espectáculos, y por lo tanto se concibe perfectamente que excitase en tan alto grado la curiosidad de los habitantes de París.

Veinte ó treinta enfermos colocados en órden al rededor de la cubeta: un criado taciturno como los circunstantes á quienes iba enlazando con una cuerda, á la manera que Laocoonte y sus hijos los anillos de sus serpientes; y hasta la retirada que con furtivo paso emprendia

aquel, despues de haber señalado á los enfermos las varillas de hierro embutidas en determinados agujeros de la cubeta, y las cuales debian servir de conductores mas inmediatos á la accion saludable del fluido Mesmeriano, comunicaban cierto grave misterio á los preliminares de la operacion.

Luego, y en el instante mismo en que se daba principio á ella, empezaba á circular por el salon cierto calor dulce al par que penetrante, que devolvía la elasticidad á las fibras agarrotadas de los enfermos, y el cual subiendo gradualmente desde el pavimento al techo, iba cargándose poco á poco de delicados perfumes, cuyo vapor hacía inclinarse soporizados á los cerebros mas rebeldes.

Entonces veíase á aquellos abandonarse completamente á la impresion voluptuosa de esta atmósfera, y á la que ejercia en ellos una mú-

sica suave y vibrante ejecutada por músicos invisibles, la cual se perdía como una dulce llama entre el calor y los perfumes.

Esta música, pura como el cristal, de cuyos bordes procedía, hería los nervios con un poder irresistible. Hubiera podido decirse que era uno de esos sonidos misteriosos que sorprenden y encantan hasta á los animales, ó un quejido semejante á los que produce el viento en las sonoras espirales de las rocas.

Poco despues unianse á esta música varias armoniosas voces, las cuales se agrupaban como un manojo de flores diferentes, y cuyas notas esparcidas como las hojas iban á caer sobre las cabezas de los circunstantes.

En sus rostros animados en un principio por la sorpresa, iba dejándose ver gradualmente la satisfacción material, acariciada por todos sus flancos sensibles. El alma cedía

á esta dulce impresion, y saliendo del refugio á donde va á ocultarse perseguida por las dolencias del cuerpo, se esparcia libre y gozosa por toda la organizacion, dominaba la materia y se transformaba.

Tal era la impresion que sentian los enfermos cuando tomando con los dedos una de las varillas que partian de la cubeta, se la aplicaban á la cabeza, al pecho, al corazon ó á la parte de que mas se sentian.

Figúrese, pues, el lector la transformacion que causaria en los semblantes el cambio de la ansiedad y el sufrimiento en un placentero reposo; represéntese ademas en su imaginacion el efecto que produciria en ellos el letargo egoista de esas satisfacciones absorbentes, y el silencio interrumpido de vez en cuando por suspiros que pesaba sobre aquella asamblea, tendrá entonces una idea todo lo mas exacta que

es posible de la escena que acabamos de describir pasados dos tercios de siglo despues del dia en que tenia lugar.

Réstanos ahora decir unas cuantas palabras acerca de los actores, los cuales se dividian en dos clases :

Los unos enfermos, é indiferentes por lo tanto á eso que se llama respetos humanos (límite muy vanerado por las gentes colocadas en una condicion mediana, pero que traspasan siempre los muy grandes ó los muy pequeños), eran verdaderos actores que habian acudido al salon del doctor Mesmer con el objeto esclusivo de ser curados, y los cuales anhelaban con todo su corazon conseguirlo.

Los otros, escépticos ó meramente curiosos, y exentos de toda enfermedad, habian entrado en casa del doctor como se entra en un teatro, ora fuese para presenciarse y su-

frir los efectos de la cubeta encantada ora para estudiar, como pasivos espectadores, aquel nuevo sistema físico, sin ocuparse en otra cosa que en contemplar á los enfermos, y aun á los sanos que tan solo por capricho participaban de la cura.

Entre los primeros, ardientes partidarios de Mesmer y de su doctrina tal vez por gratitud, distinguíase una jóven de esbelto talle, escelente figura, y vestida de una manera un si es no es extravagante, la cual, sometida á la accion del fluido de la que participaba aplicándose con la varilla de hierro las mas fuertes dosis sobre la cabeza y el epigastrio, empezaba á hacer girar sus hermosos ojos, como si todo languideciese en ella, mientras que sus mangs temblaban con esos primeros estremecimientos nerviosos, que indican la invasion del fluido magnético.

Cuando inclinó su cabeza hácia

atrás sobre el respaldo del taburete, los circunstantes pudieron contemplar á su placer aquella frente pálida, aquellos labios convulsos, y aquella hermosa garganta que iba marmorizándose gradualmente con el flujo y reflujo mas rápido de la sangre.

Entre las muchas personas que habian fijado con sorpresa sus miradas sobre esta jóven dejábanse ver dos ó tres cabezas, que inclinándose recíprocamente, se comunicaban á no dudarlo alguna idea estraña, la cual redoblaba la mútua atención de estos curiosos.

Contábase en el número de ellos Mad. de La Motte, la cual sin temor de ser conocida, ó inquietándose poco por ello, tenia en la mano la careta de raso que se habia aplicado al rostro para atravesar por entre la multitud que estaba á la puerta.

Verdad es que el sitio que habia

escogido era muy á propósito para ocultarse á las miradas de todos, puesto que se hallaba cerca de la puerta, y reclinada contra una pilastra, resguardada con una colgadura, desde donde podia verlo todo sin ser vista.

Lo que mas llamaba la atencion del espectáculo que se ofrecia á sus ojos, era la figura de la jóven electrizada con el fluido mesmeriano.

En efecto, esta figura le habia hechizado en tales términos, que hacia ya muchos minutos que tenia la vista fija en ella con una irresistible avidez de verlo y saberlo todo.

— ¡ Oh! decia para sí, sin acertar á separar los ojos de la hermosa enferma; á no dudarlo, es la dama de Caridad que vino á mi casa la otra tarde, y á quien debo atribuir todo el interés que me ha manifestado monseñor de Rohan.

Y plenamente convencida de que

no se engañaba, se aproximó al grupo de curiosos, para aprovechar la buena ocasion que la casualidad le ofrecia.

Pero á esta sazón cerráronse los ojos de la jóven de las convulsiones, contrájose su boca, y empezó á sacudir el aire débilmente con sus dos manos, las cuales, preciso es confesarlo, no se parecian en nada á aquellas manos finísimas y torneadas, y cuya blancura de cera habia admirado en su casa Mad. de La Motte pocos dias antes.

La crisis se comunicó de una manera eléctrica á la mayor parte de los enfermos, y todos los cerebros estaban saturados de ruido y de perfumes. El golpe eléctrico tocaba todos los puntos que podian producir una irritacion nerviosa. A los pocos instantes hombres y mugeres, impelidos por el ejemplo de su jóven compañera, empezaron á exhalar suspiros, á dar gritos me-

dió ahogados, y agitando la cabeza, los brazos y las piernas, entraron franca é irresistiblemente en aquel acceso, al cual habia dado el doctor el nombre de crisis.

En este momento apareció en la sala un hombre á quien nadie habia visto entrar, y de quien nadie podia decir cómo habia entrado.

¿Habia salido por ventura de la cubeta, como Febo del mar? ¿O era acaso el vapor embalsamado y armonioso de la sala que iba condensándose? De lo que no cabe duda, es de que se presentó súbitamente, y de que su trage de color de lila, grato y fresco á la vista, asi como su hermosa figura pálida, inteligente y tranquila, no desmentian el carácter un tanto divino de esta aparicion.

El aparecido tenia en la mano una varita larga y delgada, que apoyaba, que metia, hablando con

mas propiedad, en la famosa cubeta, y á una señal suya abriéronse las puertas del salon, presentáronse unos veinte vigorosos lacayos, y cogiendo con rápida destreza á los enfermos que empezaban ya á perder el equilibrio, los trasportaron en menos de un minuto á la sala inmediata.

Mientras se verificaba esta operacion, cuyo interés aumentaba el paroxistuo de gozo violento á que se abandonaba la jóven de las convulsiones, madama de La Motte, que habia avanzado con los curiosos hasta la nueva sala destinada á los enfermos, oyó á un hombre esclamar:

— ¡Ella es, ella es! no me cabe la mas ligera duda.

Madama de La Motte se disponia ya á preguntar á este hombre cual era la persona á que aludia, pero se detuvo al ver en la primera sala dos damas que se sostenian

recíprocamente, y á las cuales seguían á cierta distancia un hombre, cuyo exterior era el de un criado de confianza, aun cuando el trage que traía era el de un hombre del pueblo.

La figura de estas dos damas, y la de una de ellas con especialidad, causó tal impresion en la condesa, que hizo ademán de dar hácia ella un paso.

A esta sazón, oyóse en la sala un grito que dejó escapar la jóven de las convulsiones, y el cual atrajo á todo el mundo á su lado.

— ¡Oh! oh! exclamó entonces en voz baja y misteriosa el hombre que pocos momentos antes habia dicho *ella es*, y el cual se hallaba junto á Mad. de La Motte: mirad, señores, mirad; es la Reyna.

Juana no pudo menos de estremecerse al oír estas palabras.

— ¡La Reyna! exclamaron á la vez muchas personas con sorpresa

y estupefaccion.

— ¡La Reyna en casa del doctor Mesmer!

— ¡La Reyna en una crisis! repitieron varias voces.

— ¡Oh! decia uno; es imposible.

— ¡Bah, miradla bien, repuso el desconocido; estoy seguro de que no me engaño.

— En efecto, murmuraron la mayor parte de los circunstantes; la semejanza parece increíble.

Mad. de La Motte, asi como todas las demas señoras que desde casa de Mesmer pensaban ir al baile de la ópera, llevaba careta, y podia por lo tanto arriesgarse á preguntar sin miedo de ser conocida.

Asi es que, dirigiéndose al hombre de las exclamaciones, el cual era un si es no es corpulento, de cara ancha y colorada, y ojos vivarachos y observadores, le dijo:

— ¿Es cierto, caballero, que la Reyna está aquí?

— ¡Oh! no me cabe de ello la menor duda; respondió este.

— ¿Pero dónde está? ¿cuál es?

— Aquella jóven que está sentada sobre los cogines morados, y la cual se halla en una crisis tan violenta, que no puede moderar sus transportes.

— Pero ¿en qué os fundais para creer que es efectivamente la Reyna?

— En la cosa mas sencilla del mundo, señora: en que lo es; repuso con la mayor imperturbabilidad el acusador.

Y así diciendo, se separó de su interlocutora para ir á estender la novedad, y comunicarla en los corrillos.

Juana separó la vista del repugante espectáculo que ofrecia la epiléptica, y dando algunos pasos en direccion de la puerta se encon-

tró frente á frente con las dos damas, que, al dirigirse á la sala donde habian sido transportados los enfermos, estaban mirando con vivo interés la cubeta, la cobertera y las varillas.

Al descubrir Mad. de La Motte el semblante de la mayor de aquellas, no fue dueña á su vez de reprimir un ligero grito que se escapó de sus labios.

— ¿Qué es eso? preguntó entonces la dama volviéndose hácia la condesa.

Juana respondió quitándose vivamente la máscara.

— ¿No me conocéis, señora?

La dama hizo un movimiento casi imperceptible de sorpresa, que riprimió al punto, y contestó con cierto embarazo:

— No... no os conozco.

— Pues yo si á vos, repuso Juana, y voy á daros una prueba.

Las dos señoras se estrecharon

una contra otra al oír estas palabras, y Mad. de La Motte les dijo sacando del bolsillo la caja del retrato :

—El otro día os dejásteis olvidado esto en mi casa.

—Y aun cuando eso sea, ¿por qué manifestais tanta emocion ?

—Estoy conmovida, repuso Juana, por el peligro que corre aquí V. M.

— Explicaos.

— ¡ Oh ! Dignaos primero poneros esta máscara.

Y alargó su careta á la Reyna, la cual vacilaba en tomarla, creyendo que su cofia la cubria el rostro lo suficiente.

— ¡ Oh ! tomadla, señora, y no perdais, por Dios, ni un instante; prosiguió Juana.

—Creo que debeis aceptar; dijo en voz baja á la Reyna la señora que la acompañaba.

Maria Antonieta se puso maqui-

nalmente la máscara, y Mad. de La Motte le dijo en seguida:

—Ahora, señora, dignaos venir detras de mí.

Y echando á andar con precipitacion, condujo á las dos damas sin detenerse hasta la puerta de la calle, adonde llegaron á los pocos segundos.

—Pero no me direis ?....

—¿Está segura V. M., repuse Juana interrumpiéndola, de que no la ha visto nadie?

—Asi lo creo al menos.

—Tanto mejor.

—¿Pero no me explicareis?

—Por ahora me limito únicamente á rogar á V. M. que se digne creer á su mas fiel y humilde servidora, y persuadirse de que corre un gran peligro.

—¿Cuál?

—Si V. M. se digna algun dia concederme una hora de audiencia, entonces se lo diré todo: al pre-

sente no me atrevo, porque es asunto largo, y tal vez podria V. M. ser reconocida.

Y al ver que la Reyna manifestaba evidentes señales de impaciencia, añadió, dirigiéndose á la princesa de Lamballe:

¡Oh! señora, juntad vuestros ruegos á los míos para obtener de S. M. que parta sin perder un instante.

La princesa se volvió entonces á la Reyna con ademan suplicante:

—Vámonos, puesto que así lo quereis, dijo María Antonieta.

—En seguida, añadió, dirigiéndose á Mad. de La Motte:

—Si no me engaño, me habeis pedido una audiencia.

—Así es la verdad, señora; quisiera tener la honra de dar á V. M. la esplicacion de mi conducta.

—¡Pues bien! traedme esa caja, y preguntad por el conserje.

Lorenzo, el cual estará prevenido.

Y paseando una mirada por la calle, exclamó en aleman:

Kommen sie da, Weber!

Aproximóse entonces una carroza con la mayor rapidez, y las dos señoras entraron en ella.

Mad. de La Motte permaneció en el dintel de la puerta hasta que las perdió de vista, y dijo para sí:

— ¡Oh! no estoy arrepentida de lo que acabo de hacer; para en adelante... reflexionemos.

LA SEÑORITA OLIVA.

Mientras pasaba la escena que acabamos de referir, el hombre que habia mostrado á los circunstantes la presunta Reyna, dijo á uno de ellos, que estaba lanzando por la sala miradas de curiosa avidez, y cuyo traje se hallaba asaz raído por el demasiado uso :

— ¡ Vos que sois escritor público, podeis sacar de aqui asunto para un magnífico folleto !

—¿Cómo? ¿De qué? repuso vivamente el interpelado.

—¿Quereis que os diga yo el epigrafe que debe llevar?

—Con mil amores.

—Vedle aqui: «De lo peligroso que es nacer en un país, cuyo Rey está dominado por una Reyna, aficionada á las crisis.»

El libelista exclamó, soltando una carcajada:

—¿Y la Bastilla?

—¡Bah! ¿ignorais, por ventura, que los anagramas son un camino seguro para evitar el caer bajo la férula de los censores? Hacedme si no el favor de decirme si hay censor en el mundo que pueda impedirnos contar la historia del príncipe Silú y de la princesa Eteniotna, soberana de Narfec. ¿Qué os parece?

—¡Oh! teneis razon; exclamó el libelista con entusiasmo: la idea es admirable.

— Y tambien convendreis conmigo en que un capítulo que lleve por cabeza: *Las crisis de la Reyna en casa del fakir* (*) *Remsem*, no podria menos de hacer furor en los salones.

— Asi lo creo.

— Pues en ese caso, echad á correr, y procurad escribirlo con todo el talento que os sea posible.

El libelista estrechó la mano del desconocido, y en seguida le dijo con la mayor cortesania:

— Si no teneis inconveniente en decirme vuestro nombre, os mandaré algunos números.

— No me parece del todo mal esa idea. ¿Cuántos ejemplares acostumbrais á tirar de vuestros folletos?

— Dos mil.

— ¿Rehusariais hácerme un favor?

(*) Especie de monge mahometano.

— ¿Cuál ?

— El de tomar estos cincuenta lises , y alargar la tirada á seis mil ejemplares.

— ¡Es posible , caballero!..... ¡Oh! tanta generosidad !..... Dignaos , por Dios , decirme vuestro nombre!... No me dejéis ignorar el de un tan espléndido protector de las letras.

— Prometo decíroslo dentro de ocho días , cuando vaya á buscar á vuestra casa un millar de ejemplares , que os pagaré á dos libras cada uno: supongo que ya tendreis concluido é impreso vuestro folleto en este plazo.

— Trabajaré por conseguirlo dia y noche , caballero.

— Procurad que sea picante !

— ¡ Oh ! perded cuidado ; todo París se reirá con él hasta que le duelan los hijares , esceptuando una persona.....

— La cual llorará lágrimas de sangre ; ¿ no es cierto ?

—Sois la suma perspicacia, caballero.

—Y vos la misma bondad. A propósito; no se os olvide que aparezca como impreso en Londres.

—Es claro; como siempre.

—Hasta mas ver, caballero.

Y el corpulento desconocido despidió al libelista, el cual escapó como un pájaro de mal agüero, acariciando con la mano los cincuenta luises que llevaba en el bolsillo.

Cuando el protector de las letras se quedó solo, ó por mejor decir sin compañero, se puso, á contemplar de nuevo á la jóven, cuyo éstasis habia sido reemplazado por una absoluta postracion, y á cuyo lado habia una de las criadas destinadas al servicio de las enfermas, la cual se ocupaba en arreglarla castamente las indiscretas basquiñas.

El desconocido por su parte, despues de haber permanecido un corto rato sin separar la vista de la

jóven, á cuya delicada belleza y voluptuosas facciones prestaba nuevos encantos el abandono de su arrobamiento, se dijo interiormente:

—Preciso es confesar que la semejanza no puede ser mayor. No parece sino que la Providencia, en sus altos designios, ha condenado á la que está abajo á que se parezca tanto á esta.

Apenas acababa de formular este pensamiento amenazador, cuando vió á la jóven levantarse lentamente de en medio de los cogines, y que, apoyándose en el brazo del inmediato enfermo, el cual acababa tambien de salir del letargo, se apresuraba á poner arreglo en su ropa, cuyo desórden la tenia un si es no es comprometida.

Ruborizándose esta en un principio al ver la atencion con que la miraban los circunstantes, respondia con una política mezclada de cierta coqueteria á las preguntas

que le dirigia el doctor Mesmer en tono grave al par que agradable. Luego, estirando sus torneados brazos y bien delicadas piernas, como pudiera hacerlo una gata al despertarse, atravesó los tres salones, recogiendo sin perder ni una sola, las miradas de diversa espresion que lanzaban sobre ella los espectadores.

Pero lo que no pudo menos de sorprenderla hasta el extremo de hacerla reir, fueron las respetuosas cortesías que recibió al pasar junto á un grupo de hombres que estaban cuchicheando á un extremo del salon, y los cuales la saludaron como si hubiera sido una Reyna.

Esta deferencia, sin embargo, nada tenia de estraño, puesto que el grupo de hombres estupefactos y ceremoniosos habia sido formado de intento por el infatigable desconocido, el cual les decia, resguardán-

dose detras de ellos:

— No importa que venga de incógnito, caballeros; saludemósla, puesto que no deja por eso de ser Reyna de Francia.

La jóven, objeto de respetos tan profundos, atravesó con una especie de inquietud el último vestibulo, y asi que llegó al zaguan, empezó á buscar con sus fatigados ojos un carruaje de los de alquiler, ó una litera. No encontrando empero ni una ni otro, hallábase dispuesta despues de un momento de indecision á marchar á pie, cuando acercándose á ella un lacayo, gritó:

— ¡El coche de la señora.

— ¡Cómo! replicó esta; yo no tengo coche.

— ¿Ha venido la señora en uno de los de alquiler?

— Sí.

— ¿De la calle Dauphine?

— Sí.

—Entonces voy á conducir á la señora á su casa.

-- Tanto mejor, dijo la jóven con desenfado, y sin experimentar mas que por un momento la inquietud que hubiera causado á cualquiera otra muger una proposicion tan imprevista.

El lacayo hizo una señal, y al instante se presentó una carroza de buena apariencia, la cual se acercó hasta el peristilo para recibir á la dama.

Asi que esta entró en ella, recogió aquel el estribo, cerró la portezuela, y gritó poniéndose á la zaga :

— ¡A la calle Dauphine !

Los caballos partieron á escape, y cuando la dama, á quien agradaba en extremo verse conducida en semejante vehículo, se vió en el Puente Nuevo, sintió con todo su corazon que no se hallase situada su casa en el Jardin Des-Plantes.

Paróse el carruaje, y el lacayo, que habia recibido sin duda las necesarias instrucciones, despues de abrir la portezuela y de bajar el estribo, alargó la mano para que la dama, le diera el picaporte, con el cual entraban en su casa los habitantes de las treinta mil, en que no habia suizo ni conserge, y abriendo la puerta, esperó sombrero en mano á que la jóven atravesara el umbral, y volvió á cerrar en seguida.

Cuando la jóven se halló dentro de su casa, exclamó alegremente:

— ¡Qué aventura tan agradable! preciso es confesar que el doctor Mesmer es la flor y nata de los hombres galantes... ¡Oh! qué cansada estoy!.... Sin duda alguna lo ha previsto, y... vamos, es un gran médico.

Y al pronunciar estas palabras habia llegado al segundo piso de la

casa, é hizo alto en un descansadero que tenia dos puertas.

Asi que tocó á una de ellas, salió á abrirle una pobre vieja, á la cual saludó diciendo:

— Buenas noches, madre: ¿está ya la comida?

— Sí, ya está; y pasada y fria de esperar tanto.

— Y ese ¿ha venido?

— Todavía no; quien está es el caballero...

— ¿Qué caballero?

— El que habeis citado para hablar con él esta noche.

— ¡Yo!

— Asi lo ha dicho.

Este coloquio tenia lugar en una especie de antecámara, que formaba el espacio que habia desde la meseta hasta las puertas vidrieras de una espaciosa sala cuyas ventanas daban á la calle.

Al través de estas puertas vidrieras veíase clara y distintamente la

lámpara con que estaba alumbrada la habitacion, cuyo aspecto, si no del todo satisfactorio, era cuando menos soportable.

Unas cortinas viejas de seda amarilla, y emblanquecidas y raidas por varios lados de puro usadas; algunas sillas de terciopelo verde de Utrech, un tanto cuanto desvencijadas, aunque de mediana apariencia; un gran escritorio con doce gavetas y un sofá amarillo bastante estropeado, constituian todo el mueblage de la habitacion.

Aun cuando la jóven de las crisis no reconoció al caballero que se hallaba en ella esperándola, creemos que no deberá suceder otro tanto á nuestros lectores, puesto que era ni mas ni menos el desconocido que habia agrupado á los curiosos al paso de la presunta Reyna; el hombre que habia dado los cincuenta lises para la impresion del folleto.

Sobre la chimenea , cubierta á la sazón con una pantalla de lienzo, veíanse dos jarras de china rajadas de arriba abajo.

La jóven abrió bruscamente la puerta y fue á sentarse al sofá, sobre el cual vió sentado con la mayor tranquilidad del mundo á un hombre de buena traza ; mas bien grueso que delgado , y cuya mano blanca y aristocrática estaba medio cubierta por unos riquísimos vuelos da encage.

Este singular persouage , sin dar tiempo á aquella para que le hablara, la hizo un saludo, que así podia pasar por un movimiento indiferente , como por una cortesía , y dirigiéndola una mirada penetrante al par que benévola , le dijo:

—Comprendo perfectamente vuestra sorpresa , y sé lo que vais á preguntarme ; para evitar , pues, que perdamos el tiempo en vano , dignaos no llevar á mal que sea yo

el que os interrogue, y decidme si sois la señorita Oliva.

— Ese es mi nombre, caballero.

— Joven tan linda como encantadora, de una organizacion estremadamente nerviosa, y acérrima partidaria del sistema de Mr. Mesmer.

— Precisamente vengo en este instante de su casa.

— Muy bien; pero como nada de esto esplica el por que me encontráis sentado en vuestro sofá, y si no me engaño, asi me lo están manifestando vuestros ojos, supongo que descareis que os diga el motivo de mi venida.

— Lo habeis adivinado, caballero.

— Ante todo, hacedme el obsequio de sentaros; si os empeñais en permanecer en pie, me obligareis á que yo tambien me levante, y entonces convendreis conmigo en que no podriamos hablar muy cómodamente.

— Ciertamente, caballero, que po-

deis lisonjearos de tener unas maneras originales, repuso la jóven, á quien llamaremos en lo sucesivo Mad. Oliva, puesto que se dignaba responder á este nombre.

— Acabo de veros, señorita, en casa del doctor Mesmer, y no quiero ocultaros que os he hallado tal cual yo os queria.

— ¡Caballero!

— ¡Oh! no os alarmeis por eso, señorita: tened presente que yo no os he dicho que me habeis parecido encantadora, no; esto produciría en vos el efecto de una declaracion de amor, y no son esas mis intenciones. Escusado es por lo tanto que os pongais en guardia, y si os empeñais en apartaros de mí, me obligareis á que os hable á gritos como un sordo.

— No comprendo entonces cual es el objeto que os ha traído á mi casa, dijo Oliva con la mayor candidez.

— Sé que estais acostumbrada, prosiguió el desconocido, á que os digan que sois hermosa; pero aun cuando yo tambien abundo en esta opinion, otra cosa es lo que vengo á proponeros.

— A decir verdad, caballero, me estais hablando en un tono...

— ¡Bah! no os altereis, hasta tanto que me háyais escuchado... ¿Hay por aqui oculto alguno que pueda oirnos?

— Nadie absolutamente; pero en resumidas cuentas...

— En ese caso, demos principio á nuestra conversacion... ¿Que diriais, señorita, si yo os propusiese una asociacion entre nosotros?

— ¡Una asociacion!.. Ved si decia yo bien.

— Perdonad señorita; he dicho asociacion y no relaciones; no os he hablado de amor, sino de negocios.

— ¿Y de qué negocios quereis hablarme? preguntó Oliva, cuyo verdadero aturdimiento vendió su curiosidad.

— ¿En qué empleais todo el dia?

— Pero...

— ¡Bah! nada temais; no he venido á examinar vuestra conciencia, ni á amonestaros; decidme, pues, lo que mas os acomode.

— En ese caso, os contestaré que en todo él hago nada, ó que procuro hacer lo menos posible.

— Es decir, que sois perezosa.

— ¡Oh!

— Muy bien.

— ¡Ah! ¿conque no os desagrada esto?

— ¿A qué asunto? ¿Qué me importa á mí que seais perezosa ó que dejeis de serlo? ¿Sois aficionada á pasear?

— Mucho.

— ¿A ir al teatro y á los bailes?

—Muchísimo.

—¿A vivir desahogadamente?

—Eso sobre todo.

—¿Os negaríais entonces á asociaros conmigo, si os ofreciese por ello veinte y cinco luises mensuales?

—¡Caballero!

—¿Otra vez volveis á vuestras dudas, mi querida Oliva? Habiamos convenido, sin embargo, en que no os enfureceríais conmigo..... vamos, vamos, señorita; he dicho veinte y cinco luises, como hubiera podido decir cincuenta.

—Preferiria cincuenta á veinte y cinco; pero no es eso; el busilis está en que yo no quiero privarme por nada en el mundo del derecho de escoger mi amante.

—¡Voto al infierno! ¿no os he dicho ya una porcion de veces que yo no quiero serlo vuestro? Vivid tranquila sobre ese punto.

—Pues entonces ¡voto al infier-

no! digo yo tambien, ¿qué es lo que quereis que yo haga para ganar esos cincuenta luises?

— ¿Hemos dicho cincuenta?

— Sí.

— Sean, pues, los cincuenta. Y ahora lo único que yo exijo de vos, es que me recibais en vuestra casa, que me pongais la mejor cara que os sea posible, que me deis el brazo cuando yo lo desee, y que esperéis en el sitio que yo os designe.

— Pero haceos cargo, caballero, de que tengo un amante.....

— ¿Y qué?

— ¿Cómo y qué?

— Es claro..... despedidle, y no hay mas que hablar.

— ¡Oh! tratándose de Beausire es mas fácil decir eso que el hacerlo.

— Quereis que yo os ayude?

— No, porque todavia le amo.

— ¡Oh!

— Nada mas que un poco; pero.....

— Ese poco es demasiado.

— El trabajo es para mí.

— Entonces, paso por el señor Beausire.

— Confieso que no sois muy escrupuloso que digamos, caballero.

— Tomaré la rebancha en otra cosa. Quedamos, pues, en que aceptais mis condiciones?

— ¿Me las habeis dicho todas?

— Por ahora os he dicho todo cuanto tenia que deciros.

— ¿De veras?

— Bajo mi palabra de honor. Sin embargo, supongo, que ya comprendereis una cosa.

— ¿Cuál?

— Que si por casualidad tuviese un dia precision de que fueseis mi querida, tendriais que serlo...

— ¡Bah! no comprendo semejante necesidad, caballero.

— O cuando menos aparentarlo.

— Accedo á lo de las apariencias.

— ¡Trato hecho?

— Trato hecho.

— Pues ahí va el primer mes adelantado.

Y le alargó un cartucho que contenia cincuenta luises, sin tocar la mano de la jóven ni aun con la punta de los dedos; pero al ver que esta vacilaba en tomarlo, lo dejó caer en el bolsillo de su delantal, con tal cuidado que su mano no llegó á rozar lo mas mínimo aquella móvil y torneada cadera, la cual no hubieran desdeñado como él los mas escelentes catavinos de España.

Escasamente habria tocado el cartucho de oro el foudo del bolsillo, cuando dos fuertes golpes dados á la puerta de la calle, hicieron que Oliva diese un brinco para ir á asomarse á la ventana.

— ¡Dios mio! exclamó asi que reconoció al que llamaba: poneos en salvo, caballero, porque es él.

— ¿ Quien ?

— Beausire.... mi amante ; ¡ ah ;
marchaos por Dios , y no queráis es-
poneros...

— Si es vuestro amante , tanto peor
para él.

— ¡ Cómo , tanto peor ! mirad que
es hombre muy capaz de hacer os añi-
cos.

— ¡ Bah !

— ¿ No estais oyendo los golpazos
que da ? Temblando estoy de que
eche la puerta abajo.

— Mandad que le abran ; ¿ por
qué mil diablos no le dais su cor-
respondiente picaporte ?

Y tendiéndose descansadamente
en el sofá , el desconocido se dijo in-
teriormente :

— Es preciso que yo vea á este
tunante , y que juzgue por mi mis-
mo de todo lo que puede ser capaz.

El señor Beausire entre tanto
proseguia dando en la puerta furio-
sos golpes , mezclándolos con estre-

pitosas blasfemias, las cuales subian á mucha mayor altura que el segundo piso.

—Vamos, madre, bajad á abrir, dijo Oliva. En cuanto á vos, caballero, si os sucede una desgracia, vuestra será la culpa.

—Enteramente mia, repuso el impasible desconocido, sin moverse del sofá.

Oliva salió al descansadero de la escalera, y se puso á escuchar no sin alguna inquietud.

MR. BEAUSIRE.

Oliva salió al encuentro de un hombre furioso que con los brazos estendidos, el rostro pálido y la ropa desordenada, invadió la habitación lanzando terribles imprecaciones.

— Beausire, por Dios, ¿que vais á hacer? dijo la jóven con una voz que no manifestaba todo el espanto de que debia hallarse poseida.

— ¡Dejadme! gritó el recién venido, desasiéndose brutalmente de los brazos de Oliva,

Y prosiguiendo luego en un tono cada vez mas fuerte, añadió:

— No queríais abrirme la puerta porque habia aquí un hombre; ¡ah! ahora nos veremos!

El desconocido entre tanto permanecia en el sofá, segun hemos dicho, con todas las aparieneias de una tranquilidad tan completa, que Mr. de Beausire atribuyéndola á indecision ó miedo, dijo poniéndose delante de él y rechinando los dientes de cólera:

— ¿Supongo que os decidireis á responderme, caballero?

— ¿Qué descais que os diga, apreciable señor de Beausire? repuso el desconocido.

— ¿Qué haceis aquí, y sobre todo quién sois?

— Soy un hombre que se halla muy tranquilo, y al cual mirais con ojos espantados; estaba hablando á esta señora con el mayor respeto y siu faltar á lo que Dios manda.

— Asi es en efecto ; murmuró Oliva.

— ¡allad vos, gritó Beausire, mientras tanto que no se os pregunte.

— ¡Ta, ta! dijo el desconocido; no riñais á esta señorita, pues se halla inocente, y si teneis mal humor...

— Sí que lo tengo.

— Habrá perdido al juego, dijo Oliva á media voz.

— ¡Me he arruinado, voto á mil diablos! dijo Beausire lanzando una especie de rugido.

— Pero no os hubiera disgustado haber arruinado á alguno, dijo el desconocido sonriéndose: eso se concibe muy bien, querido Mr. Beausire.

— Basta de bromas, caballero, y hacedme el favor de salir de aquí.

— ¡Oh! Mr. de Beausire, ¡sed mas indulgente!

— ¡Voto á mil diablos del infier-

no! levantaos y salid, ó de lo contrario rompo el sofá con todo cuanto tiene encima.

—No me habíais dicho, señorita, que Mr. Beausire tenia esos arranques de loco furor. ¡Diantre! ¡Que ferocidad!

Exasperado Beausire, hizo un movimiento teatral describiendo para sacar la espada un círculo de mas de diez pies de circunferencia, y dijo al desconocido:

—Por última vez, levantaos ó os dejo clavado en el espaldar del sofá.

—Ya que os empeñais, sea; respondió el desconocido sacando su espada que habia colocado á un lado de aquel mueble.

Oliva empezó á dar entonces fuertes y penetrantes gritos.

— ¡Oh! señorita, callaos; dijo el hombre impasible, al mismo tiempo que empuñaba la espada sin levantarse de su asiento; callaos,

pues si no van á suceder dos cosas; primera, que aturdireis á Mr. Beausire y se atravesará el mismo con mi espada; segunda, que va á subir la patrulla y os conducirá en derecha á San Lázaro.

Oliva reemplazó los gritos con una pantomima mas espresiva si cabe.

Curioso en verdad era este espectáculo. A un lado Mr. Beausire descompuesto, encendido el rostro y temblando de rabia, asestaba tremendas estocadas sin direccion fija, y sin táctica á un adversario impenetrable.

En el otro, un hombre sentado sobre un sofá, con una mano apoyada en la rodilla, y sosteniendo con la otra la espada, paraba con agilidad, no se separaba de la línea, y se reía de tal manera, que el mismo Saint-Georges no hubiera podido verle con serenidad.

La espada de Beausire no habia guardado la línea un solo instante, pues los quites de su adversario la hacian torcerse sin cesar á uno y otro lado.

Beausire comenzaba á fatigarse; respiraba con violencia, y un terror involuntario habia sucedido á su cólera anterior; conoció que si su adversario partia á fondo era perdido sin remedio. Apoderóse de él la incertidumbre; pero sin embargo cayó sobre su contrario. Este le paró vigorosamente en tercera, y dándole un vigoroso golpe le hizo saltar la espada de la mano cual si fuese una pluma.

La espada atravesó la habitacion, rompió un cristal de la ventana, y fue ó caer á la calle.

Beausire se quedó confundido.

— ;Eh! Mr. Beausire, dijo el desconocido; tened mas cuidado; no veis que si vuestra espada cae de punta, y al mismo tiempo pasa

alguien por debajo, puede dejarle muerto?

Repuesto Beausire algun tanto de su sorpresa, corrió á la puerta y se precipitó por la escalera para recobrar su arma y evitar si podia una desgracia.

Mientras tanto Oliva cogió la mano del vencedor, y le dijo:

— ¡Oh! caballero, sois muy valiente; pero Mr. Beausire tiene un carácter muy rencoroso, y ademas me comprometeis quedándoos; asi que os hayais marchado me golpeará seguramente.

Entonces me quedo.

— No, os lo pido por favor; cuando me sacude yo le sacudo tambien, y casi siempre salgo ganando. Os suplico por lo tanto que os retiréis.

— Pero advertid una cosa, señorita; si me marchó le encontraré en la escalera ó en la calle; el combate se reproducirá, y en una

escalera no es tan fácil parar doble contra cuarta, contra tercera y medio círculo, como en un sofá.

—¿Y qué sucederá entonces?

—Sucedará que yo mataré á Mr. de Beausire ó él me matará á mi.

—¡Gran Dios! es verdad; vais á escandalizar la casa.

—Para evitar ese escándalo me quedo...

—Salid por el amor de Dios, subid al piso superior hasta que haya vuelto. Creyendo que estais aqui no os buscará por ninguna otra parte. Asi que haya entrado en esta habitacion, cerraré la puerta con llave, la cual guardaré en mi bolsillo. Entonces os escapais, en tanto que yo peleo con mi hombre, para ganar tiempo.

—Sois una jóven encantadora: hasta luego.

—¡Hasta luego!

—Sí; hasta esta noche, si que-
reis.

— ¡Cómo, esta noche! ¿estais en vuestro juicio?

— Ya se vé que sí, ¡qué diantre! ¿No hay baile en la ópera esta noche?

— Pero si ya son las doce.

— ¿Y qué importa eso?

— Necesitamos dominós...

— Beausire los irá á buscar, si sabeis obtener la victoria.

— Teneis razon, dijo Oliva riéndose.

— Tomad, pues, diez luises para los disfraces, dijo el desconocido riéndose tambien.

— ¡Oh! ¡gracias! pero marchaos cuanto antes.

Y le empujó hácia la meseta de la escalera.

— ¡Calla! exclamó el desconocido, el bueno de Beausire cierra la puerta de la calle.

— No le hace, porque no tiene mas que cerrojo y pestillo. ¡Adios! ya sube.

—Y si venciese él por una casualidad, ¿cómo lo sabria yo?

Oliva reflexionó un momento.

—¿Teneis criados? dijo.

—Sí, enviaré á uno bajo vuestros balcones.

—Muy bien; encargadle que mire hácia arriba hasta que vea caer un billete.

—Convenido. Dios os guarde, señora.

Y subiendo al piso superior, lo cual no era difícil, porque la escalera estaba muy oscura, y Oliva ahogaba con su voz el ruido de los pasos de su nuevo cómplice, se quedó esta sola.

—¿Llegareis al fin? gritó á Beau-sire, el cual, al mismo tiempo que subia, iba pensando en la superioridad moral y física de aquel intruso, que habia invadido con tanta insolencia el domicilio de otro.

Por fin llegó al cuarto en que le esperaba Oliva. Llevaba envaina-

da la espada é iba gruñendo entre dientes.

Oliva le cogió por un brazo, lo empujó dentro del cuarto, y cerró la puerta con llave segun lo habia prometido.

Al retirarse, oyó el desconocido la sinfonia ó introduccion de una lucha en la que sobresalian como los platillos de una orquesta, esos golpes llamados vulgarmente bofetones, y los cuales iban acompañados de gritos y denuestos.

La voz de Beausire atronaba, la de Oliva causaba asombro.

—En efecto; decia el desconocido alejándose, parece increíble que esa muger, tan sobrecogida hace un momento por la llegada de su dueño, pudiese resistirse tan bizarramente.

El desconocido no perdió tiempo en esperar la conclusion de la escena.

—Ha empezado con demasiado ca-

lor, dijo, para que su desenlace no se halle muy próximo.

Y dirigiéndose hácia la esquina de la calle de Anjou Dauphine, en la que su carroza le esperaba, dijo algunas palabras á uno de sus criados, el cual se dirigió á la casa de Oliva y se colocó enfrente de sus balcones, ocultándose en la sombra que proyectaba un arco derruido de una casa antigua.

En esta posicion veia las ventanas iluminadas, pudiendo juzgar por el movimiento de las sombras cuanto pasaba en el interior.

Estas sombras, que se agitaban mucho en un principio, fuéronse calmando poco á poco, hasta que al fin quedó solo una.

EL ORG.

Hé aquí la escena que habia pasado detras de aquellas cortinas en las cuales se proyectaban las sombras que habia visto moverse el hombre apostado por el desconocido.

Beausire, sorprendido de ver cerrada la puerta con cerrojo, de oír gritar tan alto á Mad. Oliva, y sobre todo de no encontrar en el aposento á su feroz rival, empezó á hacer pesquisas y á lanzar amena-

zas tanto mas terribles, quanto que este se habia ocultado, lo cual era señal de que tenia miedo, y siendo asi, la victoria se declaraba de su parte.

Oliva por la suya le obligó á suspender el registro, y se empeñó en que su amante respondiese á sus interrogaciones.

Al verse Beausire tratado con aspereza puso á su vez el grito en el cielo; pero Oliva, que sabia que no podia ser probada su culpabilidad, puesto que habia desaparecido el cuerpo del delito, *Quia corpus delicti aberat* como dice el testo, gritó tan alto y tan gordo para hacer callar á aquel, que Beausire le aplicó la mano en la boca, ó hizo ademan al menos de querer aplicársela.

Pero no habia contado con la huésped; porque Oliva comprendiendo el gesto persuasivo y conciliador de su amante, opuso á aque-

lla mano rápida que se dirigia á acariciarle el rostro, una mano tan diestra y tan lijera como la espada del desconocido, y despues de parar en cuarta y en tercera, dió un paso adelante, se fue en seguida á fondo, y la posó sobre la megilla de Beausire.

Ciego este de cólera al sentir los efectos de las caricias de Oliva, la contestó con un reves aplicado con la diestra mano, que no pudieron parar las de aquella, y el cual fué á dar con un ruido escandaloso sobre su siniestra megilla, cuyo cutis se tiñó al instante del mas vivo carmin.

Este fue el trozo de conversacion que oyó el desconocido al marcharse de casa de Oliva, y como ya hemos dicho, una esplicacion comenzada de esta suerte no podia menos de conducir pronto al desenlace. Pero como todo desenlace, por fácil que sea de presentar, necesita para ser dramático de una por-

cion de preparaciones, Oliva respondió al bofetón de Beausire tirándole un objeto pesado y peligroso, y á este nuevo argumento replicó el amante haciendo un molinete con un bastón, el cual después de haber roto varios cacharros, y de dar al traste con una cornucopia, acertó al fin con la espalda de la joven.

Furiosa esta al verse tratada de aquel modo, saltó al cuello de su adversario, el cual, teniendo necesidad para defenderse de agarrar también alguna cosa, asió el traje de Oliva, y lo hizo girones.

Afrenta semejante, y la pérdida del vestido, sobre todo, hicieron redoblar las fuerzas al paladin femenino, quien dándose prisa á tirar á Beausire de las greñas, concluyó por echarlo á rodar por la habitacion.

Alzóse Beausire del suelo, echando espumarajos por la boca, y lan-

zó á su antagonista una mirada llena de ferocidad; pero como el valor de un enemigo se calcula por la defensa que hace, y esta se considera y acata siempre hasta por el mismo vencedor, Beausire, que concibió un respeto, y muy grande, hácia Oliva, estimó conveniente volver á tomar el hilo de la conversacion verbal desde el mismo punto donde la habia dejado, y dijo:

—Oliva, sois una criatura perversa, y acabareis por arruinarme.

—Vos sí que me arruinais á mí, repuso Oliva.

—¡Pues no dice que la arruino, exclamó Beausire, siendo como es mas pobre que las ratas.

—En la actualidad, no digo que no; pero vos teneis la culpa, por haber vendido, comido, bebido, ó jugado todo cuanto yo tenia.

—¡Ah! es decir que os atreveis á darme en cara con mi pobreza.

—¿Y por qué sois pobre? Ese

es un vicio como otro cualquiera.

— Yo corregiré todos los vuestros en cambio.

— ¿Pegándome? repuso Oliva.

Y asiendo las tenazas de la chimenea, tomó una actitud que hizo retroceder á Beausire.

— Lo único que os faltaba, añadió este, era tener amantes.

— ¿Y qué nombre dareis vos á todas esas miserables que se sientan á vuestro lado en los garitos donde pasais los dias y las noches?

— Si juego, es únicamente para buscar con que vivir.

— ¡Oh! y no puede negarse que el recurso es productivo... puesto que nos deja morir de hambre: ¡buena está la industria como hay Dios!

— ¿Y qué diré yo de vos, que llorais como una Magdalena cuando se os desgarran un vestido, porque careceis de medios para comprar otro! ¡Pardiez! ¡pues podeis echar

plantas!

— Ya se ve que sí; puedo echarlas mejor que vos, y ahí está la prueba...

Y así diciendo, se llevó la mano al bolsillo y sacó de él un puñado de monedas de oro, que arrojó al suelo.

Los luises rodaron de canto, y lucieron sus brillantes caras, los unos yendo á ocultarse bajo los muebles, y los otros continuando sus evoluciones sonoras hasta desaparecer por debajo de las puertas.

Cuando Beausire oyó el ruido de esta lluvia metálica sobre la madera de los muebles y sobre los ladrillos de la habitación, exclamó aterrado, sintiendo una especie de vértigo, ó de remordimiento por mejor decir:

— ¡Cómo! son luises! ¡dobles luises!!...

Oliva tenía en la mano otro puñado de las mismas monedas, y lanzándolas al rostro de su amante, le

dejó ciego por un corto rato.

— ¡Oh! Oh! volvió á esclamar Beausire al contacto del precioso metal: esta Oliva es el mismísimo demonio.

— Ved ahí lo que me proporcione con mi industria; y atreveos á repetirme que no puedo echar plantas, replicó cínicamente la jóven pegando un puntapie al oro que habia en el suelo, el cual alcanzó tambien á Beausire que se habia arrodillado para recoger las monedas.

— Diez y seis, diez y siete, decia este contando con ávido gozo.

— ¡Miserable! murmuró Oliva.

— Diez y ocho, diez y nueve, veinte y uno, veinte y dos.

— ¡Cobarde!

— Veinte y tres, veinte y cuatro, veinte y seis.

— ¡Infame!

Sea que Beausire oyese estos apóstrofes, sea que se hubiese ru-

borizado sin entenderlos, lo cierto es que se levantó diciendo con un tono grave, que daba á aquella situación un carácter de los mas cómicos:

—¿Conque, es decir, señora, que estabais ahorrando como una usurera, mientras que yo me veia privado de lo mas necesario?

Oliva se turbó al oír estas palabras, en tales términos, que no sabia qué responder.

—¿Conque, es decir, prosiguió el bribon, que me habeis dejado andar con los codos rotos y con un sombrero mugriento y lleno de abolladuras, mientras que estabais guardando todos estos luises en vuestra gabeta? ¿De dónde os ha venido este dinero? ¡Tal vez de la venta de mi ropa, al asociar al vuestro mi triste destino.

—¡Canalla! murmuró Oliva por lo bajo, y lanzando á su amante una mirada de desprecio.

Pero Beausire no tuvo á bien incomodarse por ello, y le dijo en un tono menos severo que el que habia empleado antes:

—No quiero calificar de avaricia lo que habeis hecho; atribúyolo á economía, y os lo perdono.

— ¡Hace poco, sin embargo, queríais matarme!

—Y tenia razon entonces para hacerlo, asi como ahora obraria mal persistiendo en ello.

— ¿Teneis la bondad de decirme por qué?

—Porque ahora me habeis dado una prueba evidente de que sois una muger casera y económica.

—Y vos acabais de demostrarme que sois el hombre mas villano que hay bajo la capa del cielo.....

—Mi querida Oliva!....

—Y vais á devolverme, por lo tanto, ese oro.

— ¡Oh! os quiero tanto!....

—Vais á devolvérmelo, ó de lo contrario os atravieso el cuerpo con vuestra espada.

— ¡Oliva!

— ¿Me lo restituis? ¿Si ó no?

— ¡Oh! querida Oliva, jamás consentiré en que te incomodes en atravesarme el cuerpo de una estocada.

— Si dais un paso, lo hago como lo digo: vamos, soltad el dinero!

— Anda, Oliva mia, dámele!

— Ah! ¡habráse visto hombre mas vil, y mas cobarde! ¡No os avergonzais de mendigar y de solicitar los beneficios procedentes de mi mala conducta! ¡Oh! hé aqui lo que son los hombres! por eso los he despreciado siempre á todos, y mas aun al que da, que al que recibe.

— El hombre que da, repuso gravemente Beausire, es porque puede hacerlo, y feliz el que se

encuentra en ese caso. Yo tambien os he dado cuando he tenido, Nicolasa.

—Ya he dicho mil veces que no quiero que se me llame asi.

—Perdonad, Oliva, lo habia olvidado; pero volviendo á lo de las dádivas; os repito que os he dado cuando he tenido posibilidad de hacerlo.

—¡Vaya una munificencia! dos ó tres hebillas de plata, seis luises de oro, dos trages de seda, y tres pañuelos para la mano, bordados.

—Lo cual no es un grano de anís, tratándose de un pobre hombre soldado como yo.

—Eh! quitad de ahí! las hebillas las habíais robado á otra para dármelas á mí; los luises los pedísteis prestados, y no los habeis vuelto; y los trages de seda.....

—¡Oliva! Oliva!

—Vamos, devolvedme mi dinero.

—¿Cuánto querras encima por prestármelo?

—El doble.

—¡Pues bien! dijo el rufian gravemente: ahora mismo me voy á jugar á la calle de Bussy, y te traeré no solo el doble, sino el quíntuplo.

Y haciendo ademán de dirigirse hácia la puerta, Oliva le detuvo por los faldones de la casaca, la cual estaba en extremo raída.

—¡Bravo! exclamó entonces Beau-sire; ahora sí que la hemos hecho buena! ya se fue la casaca con dos mil diablos!

—Tanto mejor para vos; así os comprareis una nueva.

—Pero cuesta seis luises, Oliva; seis luises!.. Afortunadamente no son escrupulosos respecto al traje ni los banqueros ni los puntos de a calle de Bussy.

Oliva cogió tranquilamente el otro faldon de la casaca de su amante, y se quedó tambien con él en la mano. Beausire exclamó entonces furioso de cólera:

— Por vida de todos los diablos! Tú quieres sin duda que yo te rompa la crisma!.... ¡Habrás visto bribona igual! cuanto que me ha dejado imposibilitado de salir!

— Al contrario; vais á marcharos ahora mismo.

— ¡Sin casaca! Tendria que ver.

— Poneos el leviton de invierno.

— ¡Pero no sabes, criatura, que está tan raído y lleno de girones, que apenas sirve para espanta-pájaros?

— Bueno; no os lo pongais, si asi os place; pero vais á salir inmediatamente.

— Primero moro!

Oliva sacó del bolsillo como unos cuarenta luises del oro que la quedaban, y principió á darles vuel-

tas echándolos de una mano á otra.

Beausire al verlos, estuvo á punto de volverse loco, y exclamó arrodillándose otra vez ante su querida:

—Estoy á tus órdenes; manda cuanto quieras.

—Bien está; vais á ir al Capucin-Magique, calle del Sena, donde se venden dominós para el baile de máscaras.

—¿Y qué mas?

—Comprareis dos trages completos de máscaras, con careta y todos los demas adyacentes.

—Bien.

—Uno negro para vos, y otro de raso blanco para mí.

—Perfectamente.

—Para todo lo cual solo os concedo de término veinte minutos.

—¿Conque es decir que vamos al baile?

—Sí; vamos al baile.

— ¿Y me llevarás también á cenar al boulevard?

— También; pero con una condicion.

— ¿Cuál?

— Con la que seais obediente y sumiso.

— ¡Oh! pierde cuidado; ¡seré una malva!

— En ese caso, empezad dándome una prueba de vuestro celo.

— Voy volando.

— Pero ¿qué es eso? ¿no habeis partido aun?

— Es que..... para todos esos encargos se necesita algun dinero, y.....

— ¿No teneis veinte y cinco lises?

— ¿Cómo veinte y cinco lises?

— Si tal; los que acabais de recoger del suelo.

— Oliva, Oliva, eso no es lo tratado.

— ¿Qué quereis decir?

— Ya sabeis que esos veinte y cinco luises me los habeis dejado para mi bolsillo.

— Y no me vuelvo atras; pero si yo os diese ahora los que han de costar los encargos, no os volveria á ver esta noche el pelo... con que..... vamos; marchaos y volved pronto.

— Se ha comido la partida! dijo entonces el rufian un poco confuso. Declaro que tal era mi intencion.

— Repito que solo os concedo de término veinte y cinco minutos! exclamó de nuevo la jóven.

— Obedezco.

A esta sazon fue cuando el hombre apostado por el desconocido en el hueco de una puerta fronteriza á las ventanas de Oliva, vió desaparecer á uno de los dos interlocutores.

El lector sabe ya que éste era

el señor Beausire, el cual salió a la calle con la casaca sin faldones, con la espada colgando de una manera insolente, y con la camisa hecha giras y figurando unos vuellos semejantes á los que se usaban en tiempo de Luis XIII.

Mientras que el bergante doblaba la esquina para dirigirse á la calle del Sena, Oliva escribió con rapidez estas palabras, que reasumían todo el episodio: «La paz ha sido firmada, las particiones hechas, y aceptado el baile: de consiguiente, á las dos sin falta ya estaremos en la ópera. Yo llevaré un dominó blanco con una cinta azul de seda en el hombro izquierdo.

Y envolviendo con el papel un pedazo de la vajilla, rota por su amante, se asomó á la ventana y arrojó el billete al criado del desconocido, el cual lo recogió y se fué corriendo.

Mr. Beausire cumplió fielmente

su mision, puesto que escasamente tardaria unos treinta minutos en volver seguido de dos mozos que llevaban por el precio de diez y ocho luises dos dominós del mejor gusto, y tales como se hacian en el Capucin-Magique por el sastre que vestia á S. M. la Reyna y á sus damas de honor.

LA CASITA.

Mad. de la Motte como hemos dicho al final de uno de los precedentes capítulos, se quedó en el dintel de la puerta de la casa del doctor Mesmer siguiendo con la vista el coche de la Reyna, que se alejaba con rapidez.

Cuando este desapareció completamente, y dejó de oirse de una ma-

nera clara y distinta el ruido de las ruedas, Juana se metió á su vez en el coche simon en que habia venido, y regresó á su casa para tomar un dominó y otra careta, asi como tambien para enterarse de si habia ocurrido algo de nuevo en su domicilio.

Mad. de La Motte, para quien aquella noche deliciosa debia ser una especie de calmante que tranquilizá-
ra todas las emociones que habia experimentado durante el dia, resolvió, á fuer de muger valiente y decidida, echarla de hombre, como suele decirse vulgar y espresivamente, é irse en consecuencia á respirar sola y á sus anchas todas las delicias de lo imprevisto.

Esperábala, empero, una contrariedad al dar el primer paso por esta senda, tan seductora para las imaginaciones vivas y largo tiempo reprimidas.

Efectivamente; al llegar á su

casa encontró en la garita del conserje un lacayo del príncipe de Rohan, el cual traia para ella de parte de monseñor un billete contenido en los siguientes términos :

«Señora condesa :

»Supongo que no habreis olvidado que tenemos que tratar juntos del arreglo de varios negocios. Quizás será infundada esta suposición : pero si vuestra memoria fuese mas flaca de lo que yo presumo, la mia en cambio no olvida jamas aquello que le proporciona placer, y por lo tanto, si no habeis en ello inconveniente , dejaos guiar por el portador al sitio donde tengo la honra de aguardaros.»

Contrariada Mad. de La Motte por este contratiempo , se puso á reflexionar , y á los breves instantes tomó su partido, con aquella rapidez de decision que la caracterizaba, di-

ciendo al lacayo del Cardenal:

—Subid al pescante con mi coche-ro, ó dadle las señas.

El lacayo hizo lo primero, y Mad. de La Motte entró en el carruaje de alquiler, el cual la condujo en diez minutos á la entrada del arrabal de San Antonio, parándose junto á una plazoleta recientemente desmontada, cuyos árboles, antiguos como el mismo arrabal, ocultaban á las miradas de todos una de esas lindísimas casitas construidas en tiempo de Luis XV, con el gusto arquitectónico, en el exterior, del siglo XVI, y con las comodidades incomparables del siglo XVIII.

—¡ Oh! ¡ oh! exclamó la condesa; ¡ una casita!... Esto podrá parecer la cosa mas natural del mundo á ese gran príncipe; ¡ pero es en extremo humillante para una Valois!... ¡ Cómo ha de ser!

Estas palabras, de las cuales ha hecho la resignación un suspiro, ó

la impaciencia una esclámacion, descubrieron claramente la inmensidad de la codicia y ambicion devoradoras que agitaban su espíritu.

Asi es, que apenas habia pisado el umbral de la casita, cuando ya habia tomado una resolucion, merced á la cual se dejó conducir, sin hablar palabra, de aposento en aposento, ó mas bien de sorpresa en sorpresa, hasta un comedor del mas esquisito gusto, en el cual encontró al Cardenal que estaba aguardándola.

Su eminencia hojeaba á la sazón uno de esos folletos, los cuales parecian vaciados en el mismo molde que aquellos famosos libelos que llovian á millares sobre Paris en esta época, cuando el viento venia del lado de la Inglaterra ó de la Holanda.

El Cardenal se levantó cortesmente al ver á la condesa, y le dijo con la mayor amabilidad:

—Gracias, señora condesa; os doy las mas espresivas gracias por vues-

tra condescendencia.

Y acercándose á Mad. de La Motte, hizo ademán de besarle la mano.

Resentida Juana por esta familiaridad, retrocedió dos ó tres pasos con aire desdeñoso.

— ¡Cómo! exclamó entonces el Cardenal; ¿qué hacéis, señora?

— ¿No es verdad, monseñor, que no estais acostumbrado á recibir semejante acogida de las mugeres á quienes vuestra eminencia concede la honra de llamarlas á este sitio?

— ¡Oh! señora condesa, no váyais á creer...

— No creo mas sino que nos hallamos en vuestra casita; repuso Mad. de La Motte lanzando en torno suyo una mirada desdeñosa.

— Pero, señora...

— Yo esperaba, monseñor, que vuestra eminencia no se olvidaria de la condicion en que he nacido; esperaba tambien que se dignaria

tener presense, que si Dios me ha reducido á la pobreza, me ha dejado al menos el orgullo de mi rango.

—Vamos, vamos, señora condesa; yo habia creidõ que érais una muger de talento.

—Por lo visto, monseñor, tenéis la debilidad de llamar muger de talento, dijo Juana interrumpiendo al Cardenal, á toda muger que mira con indiferencia quanto hay de mas sagrado en el mundo, inclusa la deshonra; pero yo, con perdon sea dicho de vuestra eminencia, suelo dar otro nombre á esas mugeres.

—Os equivocais, señora condesa, repuso el Cardenal; yo llamo muger de talento á toda muger que escucha cuando se le habla, ó que no habla hasta despues de haber escuchado.

—Decid, señor Cardenal; soy toda oidos.

— Sabed que los asuntos de que tengo que hablar con vos son de la mayor gravedad.

— ¿Y me recibís, sin embargo, en una pieza de comer?

— Claro está, señora condesa; ¿hubiérais preferido acaso que os hubiese aguardado en un gabinete secreto?

— La distincion es delicada, á fé mia.

— Asi lo creo yo tambien, señora condesa.

— ¿Conque segun eso, es decir que se trata únicamente de que yo coma con monseñor?

— Únicamente de eso.

— En tal caso, ruego á vuestra eminencia que se persuada de que aprecio esta honra en lo que debo.

— ¿Os burlais, condesa?

— No, monseñor; me río y nada mas.

— ¿Habeis dicho que os reis?

— Precisamente. ¿Preferiria por

ventura monseñor el que me incomodase? ¡Ah! entonces, señor Cardenal, sería forzoso confesar que sois de un humor asaz descontentadizo.

— ¡Bah! no creais tal, condesa, os poneis tan encantadora cuando os reis, que mi mayor placer sería veros riendo constantemente. Pero, permitidme que os diga que no es la sonrisa la espresion que en este momento leo en vuestros hermosos labios. ¡Oh! no, no; detrás de ellos creo advertir mas bien un destello de cólera.

— Os habeis equivocado, monseñor; el sitio en que nos hallamos es para mí la mejor garantía.

— Celebro que así sea.

— Y espero además que comereis con escelente apetito.

— ¿Y vos?

— Yo no, porque estoy enteramente desganada.

— ¡Cómo! ¿rehusais concederme

la gracia de comer con vos?

— ¿Pues?

— ¿Me echais de vuestro lado?

— No os comprendo, monseñor.

— Escuchad, querida condesa.

— Decid.

— Si estuvieseis menos incomodada, os diria que á pesar de todos vuestros esfuerzos sois la muger mas encantadora del mundo; pero como á cada galanteria que os dirija, temo el verme despedido de vuestra presencia, me abstengo de ellas con harto sentimiento mio.

— ¿Habeis dicho, monseñor, que temeis ser despedido? Perdóneme vuestra eminencia, pero no puedo menos de manifestarle que cada vez son para mí sus palabras mas ininteligibles.

— Y sin embargo, creo que me esplico con la mayor claridad.

— Escuchad entonces mi torpeza, monseñor.

— Ya que os empeñais, seré mas

esplicito. Si no me engaño, el otro día me recibisteis en vuestra casa con cierta turbacion, porque, segun digisteis, viviais en una habitacion, asaz pobre y mezquina para una persona de vuestro nombre y de vuestro rango. Esta circunstancia, que aceleró algun tanto mi visita, contribuyó tambien, si no me equivoco, á que os mostrárais conmigo mas fria y mas indiferente; por esta razon he creido que restituyéndoos en cierto modo á vuestra esfera, y mejorando las condiciones de vuestra vida, seria equivalente á devolver el aire al pobre pájaro colocado por un fisico bajo la máquina pneumática.

— ¿Y bien, qué? preguntó con ansiedad la condesa, empezando á comprender las palabras del Cardenal.

— Que para que vos pudieseis recibirme con toda franqueza, y yo visitaros sin comprometerme ni com-

prometeros...

El Cardenal miraba fijamente á la condesa al pronunciar estas palabras.

— ¿Qué? volvió á preguntar Mad. de La Motte.

— He creído que os dignaríais aceptar esta reducida casa que tengo la honra de ofreceros. Reparad, condesa, que he dicho *reducida casa*, y no *casita*.

— ¡Que me digne aceptar esta casa! ¿Habeis dicho, monseñor, que me regalais esta casa? exclamó vivamente la condesa, cuyo corazón latía á la vez de orgullo y de avaricia.

— Es una bagatela, lo conozco; pero de no ser así, no la hubieseis aceptado.

— ¡Oh! ni así tampoco, monseñor; repuso la condesa.

— ¿Qué decis?

— Digo que es imposible que yo recepe un don semejante.

— ¡Imposible! ¿Por qué?

— Porque lo es.

— ¡Oh! condesa; por Dios no pronuncieis delante de mi la palabra imposible.

— ¿Por qué, monseñor?

— Porque me hace mucho daño el oírlo de vuestra boca.

— ¡Monseñor!

— Repito, señora, que esta casa os pertenece, y en una bandeja de plata sobredorada hallareis las llaves. No direis que no os trato como un triunfador. ¿Creeríais hallar, por venturá, en esto una nueva humillacion?

— No; pero...

— Vamos, condesa, dignaos aceptar.

— Ya os he dicho que no haré tal, monseñor.

— ¡Cómo! ¿pues no habeis escrito á los ministros solicitando una pension? ¿No habeis recibido cien luises de dos señoras desconocidas?

— ¡Oh! monseñor; eso es muy diferente. El que recibe...

—El que recibe, obliga, señora condesa, dijo noblemente el príncipe. Por lo demas, ya habeis visto que os he esperado en vuestro comedor, y puedo aseguraros que no he visto ni el tocador, ni los salones, ni el dormitorio, ni ninguna otra pieza; si hablo de ellas, es solamente porque supongo que existen.

— ¡Oh! monseñor, me obligais á decir que no hay sobre la tierra un hombre mas delicado ni mas fino de lo que vos os manifestais.

Y al pronunciar estas palabras la condesa, que habia hecho hasta entonces los mayores esfuerzos por contenerse, se ruborizó de placer al considerar que ya podia decir: «Mi casa.»

En seguida, y advirtiendo que quizás se dejaba llevar demasiado de aquel primer movimiento de satis-

faccion, dijo retrocediendo ante un ademán que hizo el príncipe:

Monseñor, ruego á vuestra eminen-
cia que se digne mandar que nos
den de comer.

El Cardenal se quitó la capa,
que todavía conservaba puesta, apro-
ximó su silla á la de la condesa,
y vestido como estaba con un traje
de calle que le sentaba muy bien,
comenzó á hacer las veces de mayor-
domo.

La comida fue servida al mo-
mento.

Mientras que los lacayos penetra-
ban en la antecámara, Juana se puso
una careta sobre el rostro.

—¿Que haceis? dijo entonces el
Cardenal; el que debía enmascararse
soy yo, puesto que soy un extraño,
al paso que vos os hallais en vues-
tra casa, y en medio de los criados
destinados á vuestro servicio.

Juana se echó á reir, pero no
por eso dejó la careta: y á pesar

de que el placer y la sorpresa reboaban dentro de su pecho, hizo honor á la comida.

El Cardenal, como ya hemos dicho antes de ahora, era hombre de gran corazon, y de un verdadero talento.

El gran conocimiento que tenia de las cortes mas civilizadas de la Europa, las cuales estaban gobernadas por Reynas; su frecuente trato con las mugeres, quienes, en aquella época complicaban, aun cuando tambien resolvian las mas veces las cuestiones políticas; su mucha experiencia, heredada, por decirlo así, de sus antepasados, y multiplicada por un estudio personal, y otra porcion de brillantes cualidades que poseía, las cuales, aunque no tanto como en la presente, eran bastante raras en aquella época, hacian del príncipe un hombre asaz impenetrable para sus rivales diplomáticos, y para sus queridas.

Sus finos modales y su estremada galantería eran una coraza que nadie podia traspasar.

Asi es que creyéndose infinitamente superior á Juana, á aquella jóven de provincia llena de pretensiones, y que no habia podido encubrir su avaricia bajo un falso orgullo, le parecia que era una conquista fácil, al par que duradera, merced á su hermosura, á su talento, y á cierto no sé qué de picante y de travieso que habia en su fisonomía, lo cual seduce mucho mas á los hombres corridos que á los cándidos. Quizás se engañaba á sí mismo el Cardenal, puesto que esta vez debia faltarle su natural penetracion; pero lo cierto es que la belleza de Juana impedia que le inspirase desconfianza alguna, y este fue precisamente el escollo contra el cual fue á estrellarse aquel hombre verdaderamente superior.

Como la diferencia que existia entre María Teresa y Juana de La Motte era demasiado grande para que un Rohan de su temple se tomase la pena de prepararse para luchar, este descuido, no solo le hizo menos fuerte de lo que era en sí, sino que lo convirtió en un pigmeo.

De aqui resultó, como era natural, que así que se empenó la lucha, Juana, que conocia su inferioridad aparente, se guardó muy bien de manifestar su superioridad, y prosiguiendo con el papel de coqueta provinciana, resistió perfectamente á su adversario, cuyos ataques eran tanto mas débiles, cuanto mayor era la confianza que tenia en sus fuerzas.

El Cardenal, por su parte, á cuya penetracion no se habian ocultado los movimientos que Mad. de La Motte no fue dueña de reprimir, creyó á esta embriagada de gozo por

el presente que acababa de hacerla; y así era en efecto, porque el regalo era no solo mayor que sus esperanzas, sino superior también á sus pretensiones.

Pero lo que el príncipe no podía sospechar, era que su persona no fuese bastante para llenar la ambición y el orgullo de una muger tal como Juana, lo cual era cierto, sin embargo.

La sucesion de los nuevos deseos de esta que fueron sustituyendo á los antiguos, disipó su embriaguez.

—Vamos, condesa, la dijo el Cardenal vaciando un vaso de vino de Chipre en la copa de cristal estrellado de oro que estaba al lado de aquella; ya que habeis firmado vuestro contrato conmigo, no volvais á darme señales de estar enfadada.

— ¡Enfadada! no creais tal.

— ¿Conque puedo esperar, segun eso, que me recibireis sin repugnan-

cia de vez en cuando ?

—Jamás llegará mi ingratitud hasta olvidar que teneis derecho á venir aqui como á vuestra casa, monseñor.

—¿ A mi casa ? ¿ Estais loca ?

—No, monseñor, no estoy loca; pero he dicho y repito que esta es vuestra casa.

—Mirad, condesa, que si proseguís contrariándome.....

—¿ Qué sucederá ?

—Que os impondré otras condiciones.

—¡ Ah ! En ese caso guardaos vos tambien...

—¿ De qué ?

—De todo.

—¿ Por qué ?

—Porque estoy en mi casa...

—¿ Y qué ?...

—Y si hallo vuestras condiciones poco razonables, llamaré á mis criados.

El Cardenal soltó una carcajada.

— ¡ Ah ! ¡ Con razon presumia yo, prosiguió entonces la condesa, que os estábais burlando de mí !

— ¿ Por qué ?

— ¡ Esa risa ! ..

— ¿ Os parece por ventura extemporánea ?

— No es eso ; pero creo que os reís, porque sabeis muy bien que aun cuando me desgañitase á llamar, no acudirian mis criados.

— ¡ Oh ! Por vida del diablo, que creéis muy mal.

— ¡ Ah, monseñor !

— ¿ Qué quereis decir ?

— Si no he oido mal, vuestra eminen-
cia acaba de echar un voto.

— Advertid, condesa, que aqui no soy Cardenal ; estoy en vuestra casa, ó lo que es lo mismo, gozando de una dicha incomparable.

Y al pronunciar estas palabras, el príncipe se empezó á reir de nuevo y con mas fuerza.

— Vamos, dijo entonces la con-

desa para sus adentros; está visto que es un hombre escelente.

—Apróposito, condesa, exclamó repentinamente el Cardenal, como si acabara de ocurrírsele en aquel momento una idea que habia estado muy distante de su imaginacion: ¿qué me decíais el otro día acerca de aquellas dos damas de la Caridad; de aquellas dos señoras alemanas que fueron á visitaros?

—¿Qué damas? ¿Las que se dejaron el retrato olvidado en mi casa? repuso Mad. de La Motte poniéndose en guardia, y procurando ganar tiempo con la respuesta del Cardenal.

—Sí, justamente.

—Monseñor, vos las conocéis tan bien ó mejor que yo; repuso Mad. de La Motte mirando al Cardenal.

—¿Yo, condesa? estais engañada. Pero ahora no manifestais deseos de saber quiénes eran.

—Ya lo creo que sí; nada hay mas natural que el que desee una saber el nombre de sus bienhechoras.

—Pues bien; bastaba eso para que yo os lo hubiese revelado si lo supiese.

—Y yo os repito, señor Cardenal, que conocéis á esas damas.

—Os digo que no.

—Si volveis á negarlo me veré en la precision de calificaros de poco veraz.

¡Oh! y yo me vengaria del insulto.

—¿Teneis la bondad de decirme como?

—Dándoos un abrazo.

—Vamos, monseñor, no querais hacerme creer que un señor embajador cerca de la corte de Viena y todo un amigo de la Emperatriz María Teresa, haya podido dejar de conocer el retrato de su amiga á no ser que éste carezca de exactitud en el

parecido.

— ¡Cómo! ¿efectivamente, condesa, era el retrato de la Emperatriz?

— Eso es; haccos el ignorante, señor diplomático.

— Pero aun suponiendo que tengais razon, y que fuese efectivamente el retrato de la Emperatriz Maria Teresa, y que yo lo hubiese reconocido, ¿qué tendría eso que ver?...

— Tendría que ver, repuso Mad. de La Motte interrumpiéndole, que habiendo reconocido el retrato, necesariamente debeis sospechar quiénes son las señoras que lo llevaban.

— Pero ¿por qué quereis que yo sepa semejante cosa? dijo el Cardenal dejando entrever cierta inquietud.

— ¡Diantre! porque no es lo regular ver un retrato de madre, y ya sabeis que este era mas bien el

de una madre que el de una Emperatriz, en otras manos que en las de.....

— Acabad.

— Entre las manos de una hija.

— ¡La Reyna! exclamó Luis de Rohan con acento de sinceridad que consiguió engañar á Juana. ¡Será posible que su magestad haya ido á visitaros á vuestra casa!

— ¡Bah! ¿Con que no habiais adivinado que era ella?

— A fé mia que no, dijo el Cardenal con la mayor sencillez; además en Hungría es costumbre que los retratos de los príncipes reynantes vayan pasando de familia en familia. En prueba de ello, aqui me teneis á mi que no soy hijo, ni pariente siquiera de Maria Teresa, y sin embargo llevo conmigo un retrato suyo.

— ¡Vos! monseñor.

— Miradlo, dijo el Cardenal con la mayor indiferencia.

Y sacó del bolsillo una caja que enseñó á Juana, la cual se quedó confundida.

—Ya veis, prosiguió el príncipe, que así como yo poseo este retrato, á pesar de que no tengo la honra de pertenecer á la familia imperial, ha podido muy bien dejarlo olvidado en vuestra casa otra persona que se halle en mi mismo caso, que no por eso pertenezca á la augusta casa de Austria.

Juana guardó silencio, porque aun cuando tenia todos los instintos de la diplomacia, le faltaba la práctica.

—¿Conque á vuestro juicio, continuó el príncipe Luis, era la Reyna Maria Antonieta la señora que fue á visitaros?

—La Reyna, acompañada de otra dama.

—¿Mad. de Polignac, tal vez?

—Lo ignoro.

—¿Mad. de Lamballe?

— Una jóven muy hermosa, pero muy circunspecta y grave al mismo tiempo.

— ¿Seria acaso la señorita de Taverney.

— Es posible; yo no la conozco.

— Pues si ha sido en efecto S. M. la persona que os hizo esa visita, ya podeis contar con la proteccion de la Reyna. Ese seria un gran paso para vuestra fortuna.

— Asi lo creo yo tambien, monseñor.

— Y su magestad, (dignaos perdonarme la indiscrecion de esta pregunta) ¿se ha mostrado generosa con vos?

— Si no me engaño, me dejaria unos cien luises.

— ¡ Oh ! pues habeis de saber que su magestad no es muy rica que digamos, y mucho menos al presente.

— Eso es, monseñor, lo que re-

dobla mi gratitud.

— ¿Y os ha manifestado marcado interés?

— Sí, monseñor, un interés vivísimo.

— En ese caso, todo va bien, dijo el prelado con ademan meditabundo y olvidándose de la protegida por pensar en la protectora: todo marcha perfectamente, añadió, y solo os resta una cosa.

— ¿Cuál?

— Penetrar en Versalles.

La condesa se sonrió.

— ¡Ah! condesa; no os hagais ilusiones; en eso estriba la verdadera dificultad.

La condesa volvió á sonreirse de una manera mucho mas significativa que la primera vez.

— Preciso es confesar, prosigió el Cardenal sonriéndose tambien, que las damas de provincia sois muy poco propensas á dudar de nada. Habeis visto en Versalles unas verjas que

se abren todos los dias, y una escalera por la cual sube infinidad de gente, y os figurais por lo tanto que las verjas se abren á todo el mundo, y que todo el mundo puede subir por aquella escalera... Pero, ¿no habeis reparado los mónstruos de cobre, de mármol ó de plomo que guarnecen el parque y los terrados de Versailles?

—Ya se ve que sí, monseñor.

—Pues bien, á pesar de la abundancia de tales mónstruos, habeis de saber que es diez veces mayor el número de bestias feroces que viven entre los príncipes y sus munificencias, que el de los mónstruos contruidos de diferentes materias que existen entre las flores del jardin y los transeuntes.

—Vuestra eminencia me ayudará á pasar por entre las filas de los susodichos mónstruos, si se empeña en interceptarme el paso.

—Trataré de hacerlo así, pero no

creo adelantaremos mucho. Por de pronto os advierto, que si se os escapa mi nombre, si descubris vuestro talisman, antes de las diez visitas habrá perdido sus virtudes y llegará á seros enteramente inútil.

—Felizmente, repuso la condesa me salva de correr ese riesgo la proteccion inmediata de la Reyna, y puedo aseguraros que si me decido á entrar en Versalles, entraré con una buena llave.

—¿Con cuál, condesa?

—¡Ah! señor Cardenal! ese es mi secreto... pero, no porque si así fuese os lo revelaria, mediante á que no quiero tener nada oculto para mi mas amable protector.

—Es decir, que el secreto no os pertenece á vos sola: ¿no es eso?

—Lo habeis adivinado, monseñor; y precisamente esto es lo que me obliga á callároslo. Básteos, por lo tanto, saber...

— ¿Qué?

— Que mañana por la mañana iré á Versailles, donde seré recibida, y bien recibida, si no me engañan mis esperanzas.

El Cardenal no pudo menos de contemplar fijamente á la jóven, cuyo aplomo le parecia una consecuencia directa de los primeros vapores de la comida, y en seguida le dijo riéndose:

— Allá veremos, condesa, si entráis efectivamente.

— ¡Cómo! ¿llevais vuestra curiosidad hasta el extremo de hacerme seguir?

— Exactamente.

— Pues no me desdigo.

— Y yo, condesa, declaro vuestro honor interesado en entrar mañana en Versailles.

— En las habitaciones reservadas, se entiende, monseñor.

— Os aseguro, condesa, que sois para mí un enigma viviente.

— ¿Uno de esos mónstruos que habitan el parque de Versailles?

— ¿Oh! ¿no me creéis hombre de gusto, condesa?

— Sí tal, monseñor.

— Pues bien! así que me veais arrojarme, como ahora, á vuestras plantas, y besar vuestra mano, no podreis creer que yo fuese á poner mis labios sobre un grifo, ó mis dedos sobre la cola de un mónstruo marino lleno de escamas.

— Dignaos, monseñor, tener presente, dijo entonces Juana con una severidad glacial, que no soy ninguna *griseta*, ni una bailarina de la Opera. Sabed, ademas que soy bastante para guardarme, cuando no estoy bajo la salvaguardia de mi marido, y que creyéndome, como me creo, igual á los primeros magnates del reyno, aceptaré libre y espontáneamente, si así me place, el dia que á ello me decida, las ga-

lanterías del hombre que haya sabido agradarme. De consiguiente, monseñor, dignaos respetarme un poco mas, respetando al mismo tiempo el alto rango á que ambos pertenecemos.

El Cardenal repuso levantándose:

—Es decir, señora, que pretendéis que os ame sériamente.

—No digo eso; lo que yo quiero es que me deis tiempo para amaros, y cuando tal suceda, si ha de suceder, estoy segura de que no os costará trabajo el adivinarlo. Mas aun: en el caso de que no lo conociéreis, prometo hacéroslo saber, puesto que me creo bastante jóven, y asaz aceptable para temer los inconvenientes de semejante paso.

—¡Ah! condesa, dijo entonces el Cardenal; os aseguro que si no depende mas que de mí el que correspondais á mi cariño, no podreis menos de amarme.

—Allá lo veremos.

—Por de pronto, ya puedo contar con vuestra amistad, ¿no es cierto?

—Mas aun.

—Si eso fuese verdad, nos hallaríamos á mitad de camino.

—Entonces no pretendamos medir el camino á toesas, y marchemos.

—Condesa, sois una muger á quien yo adoraria...

Y se detuvo exhalando un suspiro.

—A quien yo adoraria... repitió sorprendida Mad. de La Motte, si...

—Si me lo permitiéseis; se apresuró á responder el Cardenal.

—Mou señor, quizás os concederé ese permiso cuando la fortuna me haya sonreido el tiempo bastante para que os creais dispensado de precipitaros á mis pies tan pronto, y de besarme la mano tan prematura-

mente.

—¿Que quereis decir?

—Sí, mouseñor; cuando me halle en el caso de no necesitar de vuestros beneficios, y no podais sospechar que apetezco y solicito vuestras visitas por cualquiera otro interés, porque entonces habrán llegado á ennoblecerse las miras que hoy teneis sobre mí, y vos y yo ganaremos en ello.

Y asi diciendo, se levantó de la silla en que habia vuelto á sentarse para decir con mas gravedad su moraleja.

—Pero eso equivale, repuso el Cardenal, á quitarme todas las posibilidades.

—¿Por qué?

—Porque vedándome el que os obsequie...

—Nada de eso ¿no hay por ventura otros medios de obsequiar á una muger que las genuflexiones y las prestidigitaciones?

—Veamos entonces, condesa, qué es lo que quereis permitirme.

—Todo aquello que sea compatible con mis gustos y mis deberes.

—¡ Oh! oh! habeis ido á refugiaros á los dos terrenos mas vagos que hay en el mundo.

—Habeis hecho muy mal, monseñor, en interrumpirme, porque iba a añadir un tercero.

— ¡ Dios mio! ¿Cuál?

—El de mis caprichos.

—Perdido soy.

—¿ Retrocedeis?

El Cardenal, atendiendo menos en aquel instante á la direccion de su pensamiento interior, que á los encantos de aquella muger seductora, dijo:

—No; no retrocederé.

—¿ Ni aun ante mis deberes?

—Ni ante vuestros gustos, y vuestros caprichos.

—¿ Dadme una prueba?

—Hablad.

—Quiero ir esta noche al baile de la ópera.

—Eso depende de vos únicamente, puesto que sois libre como el aire, y no veo por lo tanto quién pueda impedirlos que váyais ó dejéis de ir al baile de la ópera.

—Perdonad, señor Cardenal; vuestra impaciencia no os ha permitido oír mas que la mitad de mi deseo; la otra mitad consiste en que vengais al baile conmigo.

—¡ Yo! condesa: ¡ Yo!

Y al pronunciar estas palabras hizo un movimiento, que hubiera parecido indiferente en cualquiera otro, pero que en un Rohan, y de aquel temple, podia considerarse como un brinco prodigioso.

— ¡Hola! exclamó la condesa ¿ es así como dais principio á procurar agradarme?

—Un Cardenal no puede asistir

al baile de la ópera, sin esponerse á los tiros de la maldicencia; eso equivaldria á que os propusiese yo el que entrarais..... en una pieza de fumar.

— Conque es decir que los Cardenales no bailan, ¿no es verdad?....

— ¡Oh!.... no.

— Pues entonces, ¿cómo es que yo he leído que monseñor el Cardenal de Richelieu habia bailado una zarabanda?

— Delante de Ana de Austria, sí..... dijo involuntariamente el príncipe.

— Delante de una Reyna, es verdad; repitió Juana mirándole fijamente. ¡Pues bien! añadió en seguida, tal vez lo hariais vos tambien por una Reyna.

A pesar de su habilidad y de toda su fortaleza de espíritu, el príncipe de Rohan no pudo menos de ruborizarse y quedarse cor-

tado al oír estas últimas palabras.

Ora fuese que aquella maligna criatura se compadeciese de la turbacion del Cardenal, ora porque este le deparase una ocasion favorable para salir de una situacion tan embarazosa, Juana se apresuró á añadir:

— ¿Y quereis que no me resienta yo, á quien acabais de hacer tantas protestas, al ver que me estimais en menos que á una Reyna, puesto que solo se trata de ir bajo un dominó y con el rostro cubierto con una máscara, y cuando no os pido mas que deis uno de esos pasos de gigante, los cuales no bastarian para medir jamás vuestra famosa toesa?

Gozoso el Cardenal de salir tan bien de aquel mal paso, y mas gozoso aun de alcanzar aquellas perpétuas victorias que la destreza de Juana le dejaba conseguir á cada

torpeza, se lanzó sobre la mano de la condesa, y dijo estrechándola con la mayor efusion.

—Por vos, soy capaz hasta de imposibles.

—Gracias, monseñor: el hombre que se aviene á hacer por mí semejante sacrificio, es un amigo demasiado precioso, y ya que lo habeis aceptado, os dispenso de que lo pongais en práctica.

—No, no, condesa; solo aquel que ha desempeñado su tarea, es el que tiene derecho á reclamar el salario; asi, pues, os sigo al baile de la Opera, pero cubierto con un dominó.

—Entonces, vamos á la calle de Saint-Denis, que está inmediata al teatro, y en la cual habrá, como es natural, varios almacenes de trages, en uno de los cuales entraré con la careta puesta, para compraros una máscara y un dominó, que os pondreis dentro del carruage.

— ¿Sabeis, condesa, que semejante humorada no puede ser mas agradable?

— ¡Oh! monseñor; vuestras bondades me confunden. Ocúrreme, sin embargo, que tal vez hallaria V. E. en su palacio de Rohan algun dominó mas á su gusto que el que vamos á alquilar en este instante.

— Esa malicia, condesa, es imperdonable, puesto que si voy al baile de la ópera, creereis una cosa, bajo mi palabra...

— ¿Que, monseñor?

— Que me encontraré tan sorprendido al verme allí, como vos manifestásteis estarlo al veros comiendo mano á mano con un hombre que no era vuestro marido.

Juana se limitó á darle las gracias, porque conocia que nada tenia que responder.

— A poco paró á la puerta de la casita un carruage sin escudo de

armas, que iba por los dos fugitivos, y poco despues volvió á marchar al trote con direccion á los boulevares.

CUATRO PALABRAS SOBRE EL BAILE
DE LA ÓPERA.

La opera, ese templo erigido en Paris al placer, habia sido presa de las llamas en el mes de Junio de 1781.

Veinte personas habian perecido bajo los escombros; y como esta catástrofe habia sucedido dos veces en el periodo de diez y ocho años, y el sitio habitual de la ópera, ó sea Palais-Royal, habia pa-

recido de siniestro agüero para las diversiones parisienses, el baile del mismo fue trasladado á otro barrio menos céntrico, por un decreto del Rey.

Aquella ciudad de tela y de madera blanca, de cartones y de pinturas, fue mirada siempre con preocupacion por los vecinos, porque la ópera inflamaba los corazones de los capitalistas y de los magnates, y nivelaba todos los rangos y todas las fortunas. Pero la ópera una vez incendiada, podia destruir todo un barrio, y hasta la ciudad entera; esto dependia únicamente de una ráfaga mas ó menos fuerte de viento.

El punto escogido para su traslacion fue la Porte-Saint-Martin. Disgustado el Rey al considerar que su buena ciudad de París iba á carecer de ópera por mucho tiempo, se afligió casi tanto por esta causa como se contristaba cuando no se hacian las remesas de gra-

nos, y las cuatro libras de pan pasaban de siete sueldos.

Era de ver á toda aquella vieja nobleza y á toda aquella jóven magistratura, á los hacendistas y á los militares, desorientados por este vacío, así como también el considerar errantes por los paseos á todas aquellas divinidades sin asilo, desde la mas humilde corista hasta la primera cantante.

Para consolar al Rey y un poco también á la Reyna, hizose presente á SS. MM. que un arquitecto llamado Mr. Lenoir prometia montes y maravillas.

Este arquitecto manifestó que tenia nuevos planes, y uno de ellos de un sistema perfecto de circulación, que aun en el caso de que sobreviniese el incendio, nadie correria el peligro de sofocarse dentro del teatro. Mr. Lenoir presentaba en su plano ocho puertas por las cuales pudiesen escapar las gentes,

ademas de las cinco grandes ventanas abiertas en el primer piso, y cuya altura poco considerable hacia que hasta los mas poltrones pudiesen bajar por ella sin esponerse á la dislocacion de un pie.

Para reemplazar la hermosa sala de Moreau y las pinturas de Durameaux, presentaba ademas el arquitecto un edificio situado en el boulevard, de 96 pies de largo; una fachada adornada con ocho caryátidas colocadas entre los pilares que habian de formar las tres puertas de entrada; ocho columnas que habian de descansar sobre el basamento; un bajo relieve para encima de los capiteles; y un balcon de tres puertas adornadas con archivoltas.

El escenario habia de tener una anchura de 36 pies, y el teatro 72 pies de profundidad, y 84 de latitud desde el uno al otro muro.

Habria ademas diferentes salas de descanso cuajadas de grandes es-

pejos ,y adornadas elegante y sencillamente.

A lo largo de la sala , y bajo el sitio que ocupaba la orquesta , Mr. Lenoir dejaba en su plano un espacio de doce pies , capaz para contener un inmenso receptáculo y dos bombas , á cuyo servicio serian destinados veinte guardias franceses.

El arquitecto , finalmente , pedia setenta y cinco dias y setenta y cinco noches para entregar la sala al publico , sin quitar ni añadir una hora.

Este último artículo fué considerado como una fanfarronada , la cual dió mucho que reir en su principio ; pero el Rey hizo sus cálculos , en union con Mr. Lenoir , y concedió todo quanto de él pedia.

Mr. Lenoir emprendió la obra sobre la marcha y cumplió su promesa , acabando la sala en el plazo convenido.

Pero el público, que jamás se da por contento y satisfecho, dió en reflexionar que el armazon de la sala era de madera, porque de otro modo no podia haberse construido tan pronto; que la celeridad no podia ser compatible con la solidez, y que el nuevo teatro de la Opera, de consiguiente, tenia que carecer por precision de este requisito. De aqui resultó que aquel teatro por el cual se habia suspirado tanto, mientras que los curiosos estuvieron viendo erigirlo viga á viga; aquel monumento al que todo Paris habia concurrido diariamente á escoger de antemano el sitio que mas le agradaba, se vió falto de concurrencia asi que estuvo concluido. Los mas valientes, los reputados por locos, en una palabra, se limitaron únicamente á conservar sus billetes para la primera representacion de *Adela de Ponthieu*, música de Piccini, preparándose para asistir á ella, haciendo

testamento.

Al ver esto, recurrió al Rey el arquitecto Mr. Lenoir, á quien S. M. suministró una idea.

— Los únicos poltrones que hay en Francia, dijo S. M., son aquellos que pagan; esta clase de gente preferiria daros diez mil libras de renta y hacerse estrujar por el tropel, á correr el riesgo de que se les caiga el techo encima. No hagais, pues, caso de ella por ahora, y convidad en cambio á los valientes que no pagan. La Reyna acaba de darme un Delfin; y merced á este acontecimiento, está la ciudad rebosando de gozo. Anunciad, pues, que para celebrar el nacimiento de mi hijo, la ópera se inaugurará dando una funcion gratuita; y si dos mil quinientas personas hacinadas, es decir, un peso de trescientas mil libras próximamente, no os bastan para probar la solidez del edificio, rogad á los concurrentes que bailen

un poco , porque , ya sabéis , Mr. Le noir , que el peso se quintuplica cuando cae de una altura de cuatro pulgadas. Haced bailar á vuestros dos mil quinientos espectadores , y entonces pesarán quinientas mil libras. Dad pues un baile , despues que haya terminado la funcion de la noche.

—Doy á vuestra magestad las mas espresivas gracias , dijo Mr. Le noir.

—Pero reflexionad ante todo , si podrá resistir el edificio tanto peso.

— Señor , tengo entera confianza en mi obra , y seré uno de los que asistan al baile.

—Pues yo , por mi parte , os prometo tambien asistir á la segunda representacion.

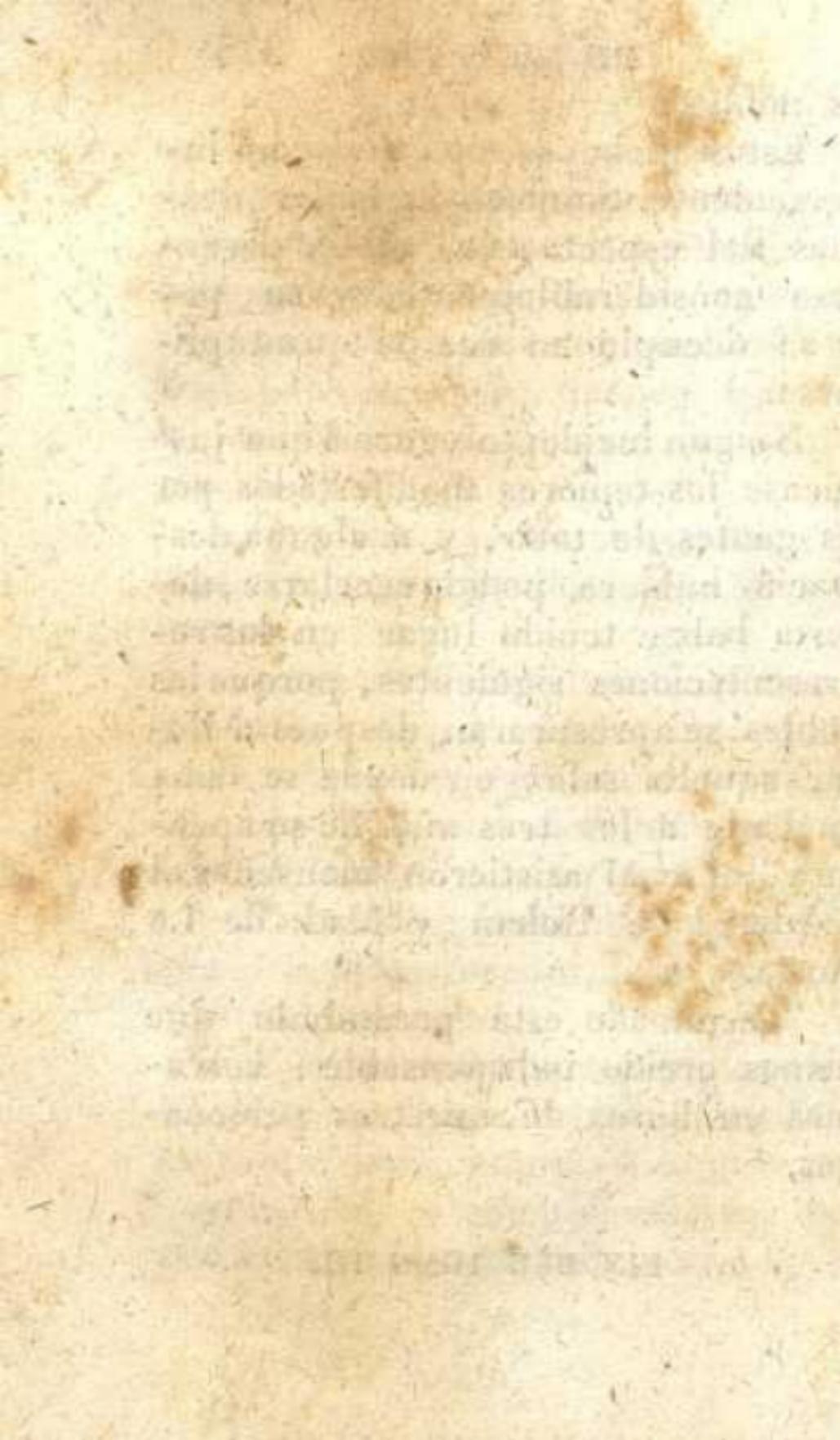
El arquitecto siguió el consejo del Rey , y la *Adela de Ponthieu* fue representada ante tres mil plebeyos , los cuales aplaudieron mucho mas de lo que lo hubieran hecho

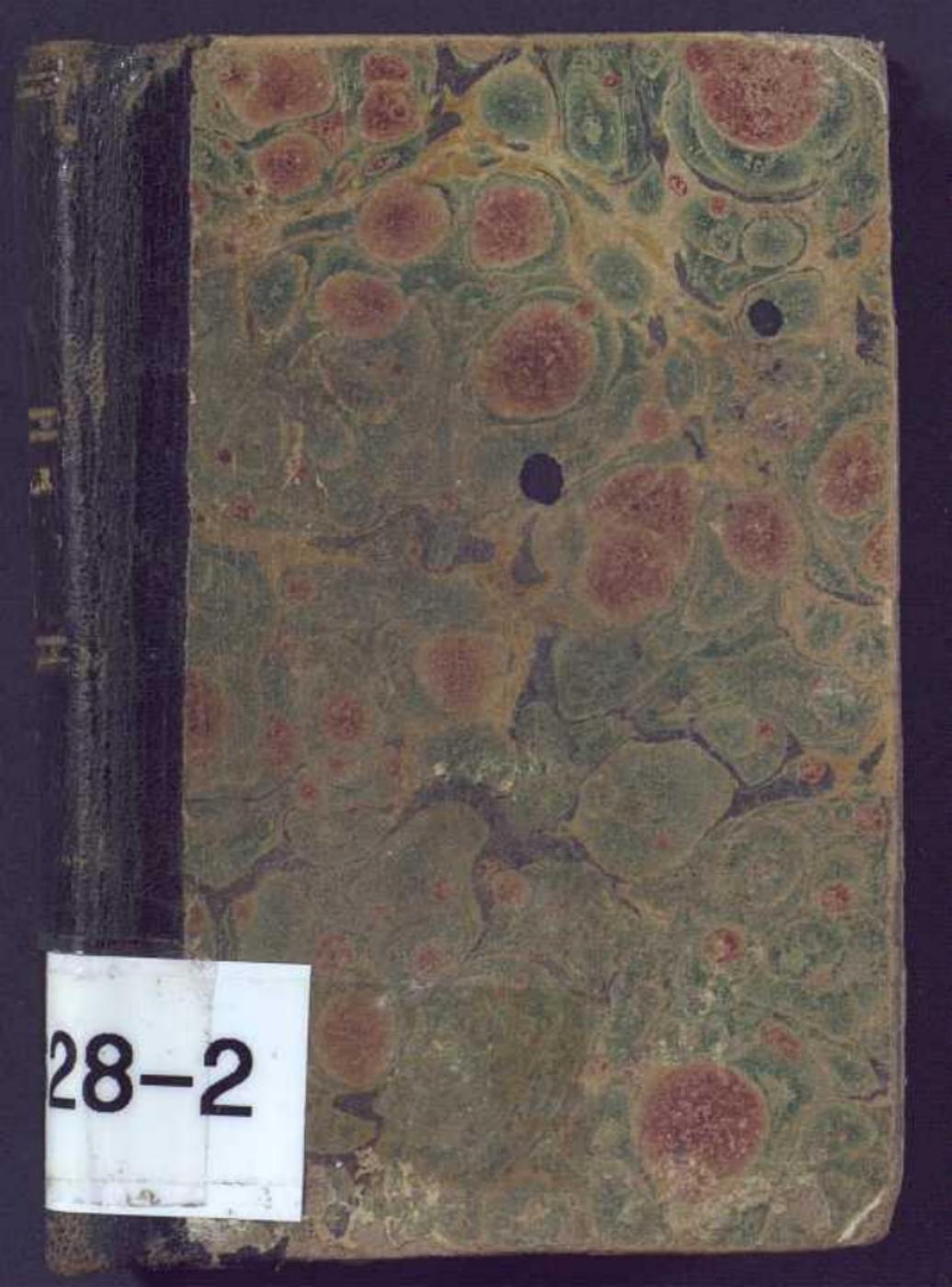
los nobles.

Estos plebeyos no tuvieron inconveniente tampoco en bailar despues del espectáculo, ni en divertirse considerablemente, y su peso se decupló en vez de quintuplicarse.

Ningun incidente ocurrió que justificase los temores manifestados por las gentes de tono, y si alguna desgracia hubiera podido recelarse, debiera haber tenido lugar en las representaciones siguientes, porque los nobles se apresuraron despues á llenar aquella sala, en donde se daba un baile á los tres años de su apertura, al cual asistieron monseñor el Cardenal de Rohan y Mad. de La Motte.

Terminado este preámbulo que hemos creído indispensable, volvamos en busca de nuestros personajes.



The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a marbled paper pattern featuring large, irregular, reddish-brown spots on a greenish-yellow background. The spine, visible on the left, is bound in a dark, textured material, possibly leather or cloth, and shows some wear. A white rectangular label is affixed to the bottom left corner of the cover, containing the number '28-2' in a bold, black, sans-serif font. There are two small, dark circular marks on the marbled surface, one near the center and another slightly higher and to the right.

28-2

$$\begin{array}{r} 52 \\ \underline{31} \\ 21 \end{array}$$

$$\begin{array}{r} 10 \\ 10 \\ \underline{15} \\ 5 \end{array}$$

1700
1500
2200

75

50

125

50

175

175

260

260

175

85

175

75

50

50

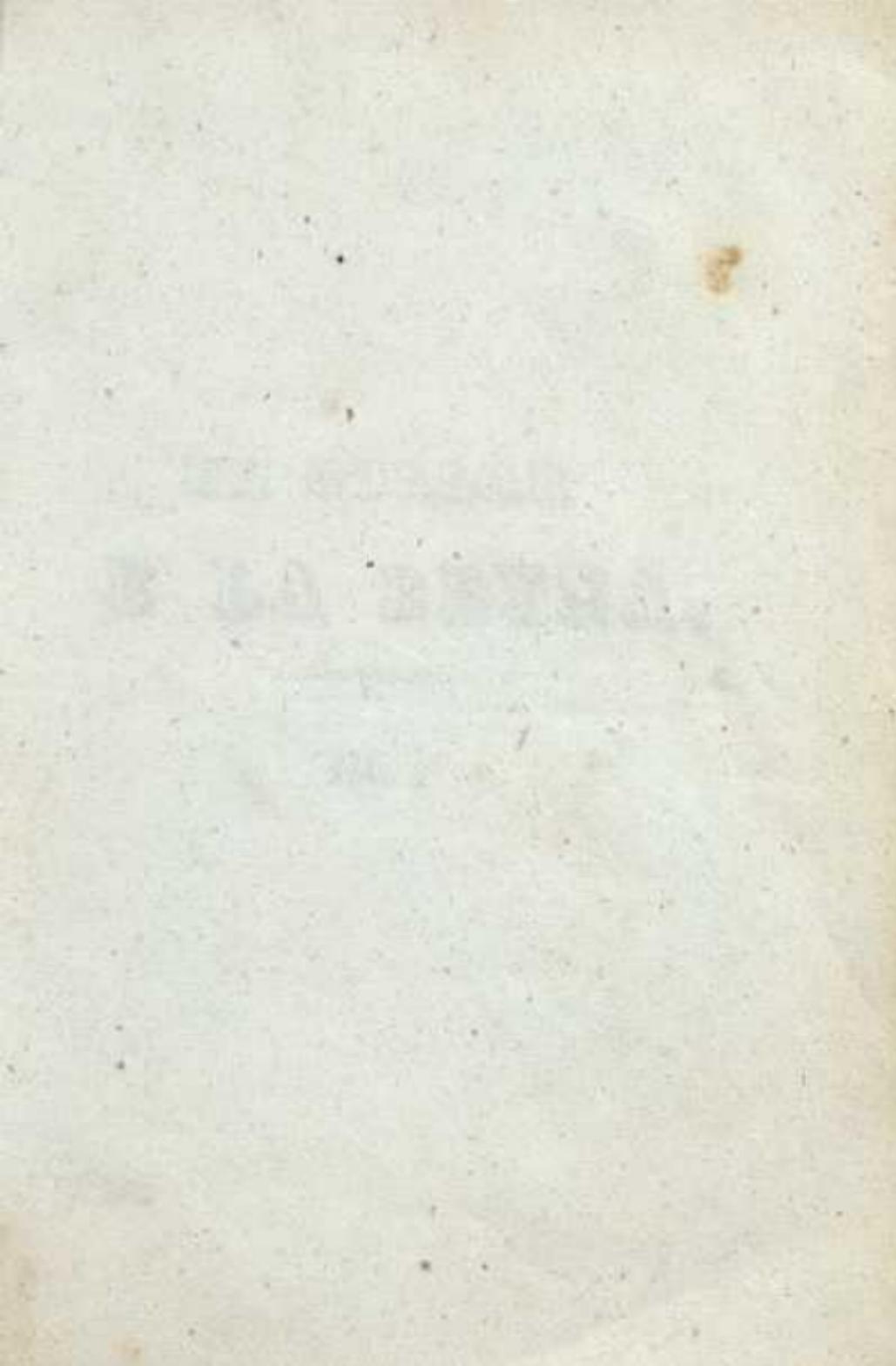
175

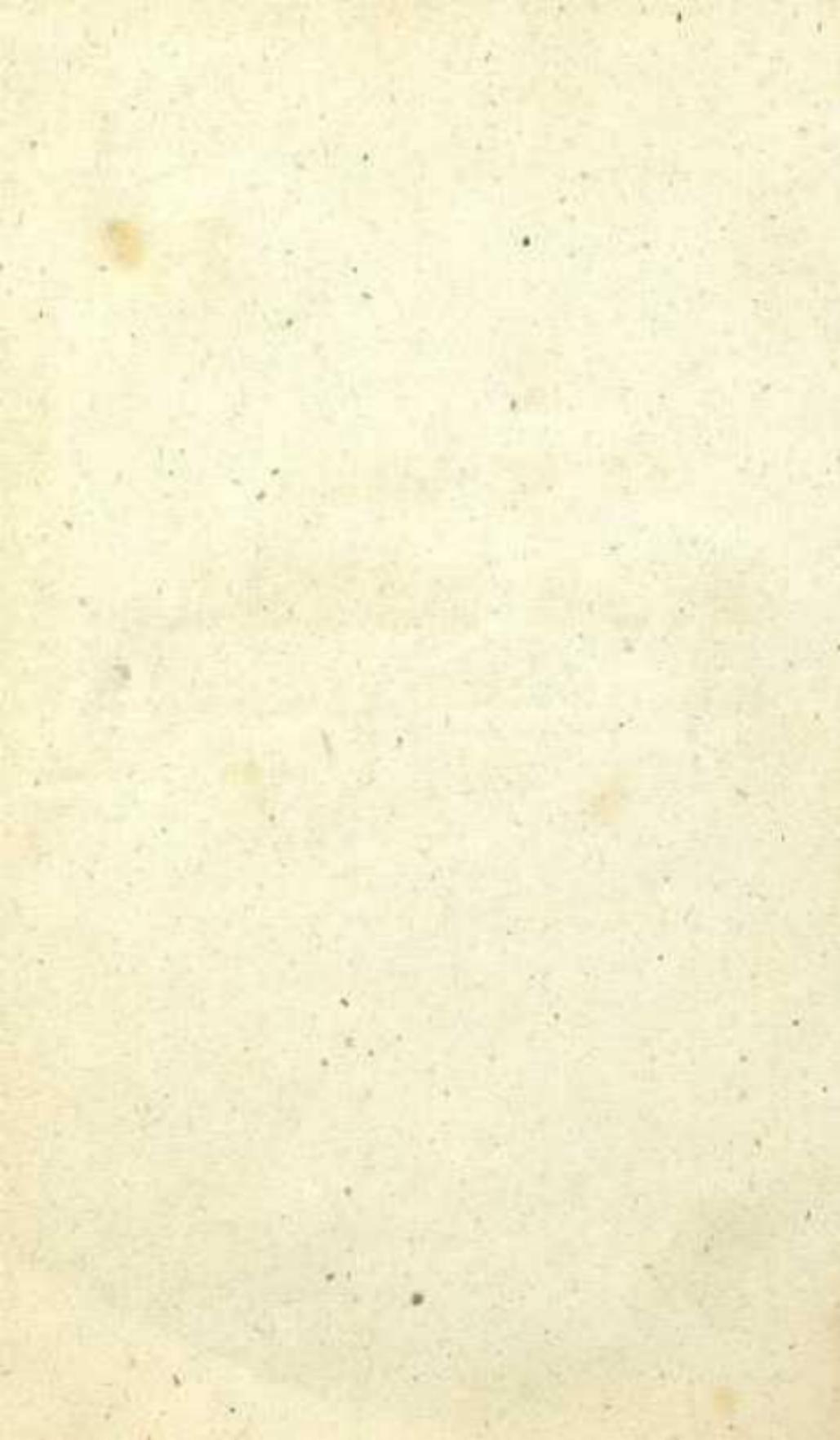
260

175

85







**EL COLLAR
E LA REYNA.**

III.

THE GARDEN

BY J. W. RUSSELL

III

